



Juan Carlos Kreimer

DE NINGUNA PARTE

Londres, 1976

THE ANGEL PRESS

ALCOHOL
& FOTOCOPIAS

TRENEMOVIMIENTO

el
LOKAL



Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 No adaptada
(CC BY-NC-ND 3.0)

-  Reconocimiento – Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.
-  NoComercial – No puede utilizar el material para una finalidad comercial.
-  SinObraDerivada – Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede difundir el material modificado.

Este libro tiene una licencia Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 No adaptada. Para consultar las condiciones de esta licencia se puede visitar: <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0/> o enviar una carta a Creative Commons, 559 NathanAbbot Way, Stanford, California 94305, EEUU

- © 2020 del texto: Juan Carlos Kreimer
- © 2020 de la portada: Juan Pablo Cambariere
- © 2020 de los prólogos: Pat Pietrafesa, Alex Schmied y Silvia Resorte

Primera edición: Tren en movimiento, Alcohol & Fotocopias,
TheAngel Press, Buenos Aires, Argentina, Octubre 2019.

Presente edición: Associació Cultural el Raval “El Lokal”
C/ de la Cera, 1 Bis. 08001 Barcelona
ellokal@ellokal.org
www.ellokal.org



Barcelona, febrero 2020

Depósito legal: B 1530-2020
ISBN: 978-84-120257-7-4

Impresión: Estugraf impresores S.L. C/ Pino, 5.
28350 Ciempozuelos, Madrid

de ninguna parte

londres, 1976

Juan Carlos Kreimer

Prólogos de Pat Pietrafesa, Alex Schmied
y Silvia Resorte

¿Qué mejor tarea para editoriales punk que publicar un libro cuyo original había ido a parar a la basura?

Alex Schmied
Pat Pietrafesa

De ninguna parte (originalmente Señor de ninguna parte) es la tercer novela escrita por Juan Carlos Kreimer. La primera, *Con el sol al cuello*, estuvo a punto de salir en editorial Falbo en 1965. Era una road movie a la Kerouac en una Honda 50 por la ruta 11. La quemó en pruebas de página. Le pareció muy floja. Miguel Briante, que publicaría *Las hamacas voladoras* en la misma editorial, le dijo: -Boludo, nunca vas a volver a tener esa frescura. Tarde.

La segunda, *La liebre y la tortuga*, fue escrita en el Tigre en 1972. Ya había largado todo, y hacía tiempo para irse a París. Cuando llegó en Navidad, se enganchó con filmar en Súper 8. Conoció a Bastian Zilberberg, artista plástico y animador cultural que también filmaba en Súper 8 y tenía un grupo de intervención urbana bajo el que agrupaba todas sus actividades: Spont Act. Con él salió a hacer lo de los espejos en el metro a la tarde, a tirarse frente a la embajada Argentina y dibujar siluetas con tizas en el pavimento, adhirieron a acciones de otros grupos, como tirar las llaves de los departamentos como rechazo a la propiedad privada, o incluir hombres en la *Foire de Femmes* (fiesta picnic en La Cartoucherie) durante un par de horas... Por las noches iba a casa de Bastian en la Rue de Cygne, frente al viejo mercado de Les Halles. Y se quedaban hasta tarde dibujando, escribiendo, o escuchando música. Estaban adaptando el cuento *Primer amor*, de Samuel Beckett, para filmarlo cuando una noche fueron al centro cultural que estaba a la vuelta y ya estaba Guy Debord con unas diez personas que le hacían la corte dando una charla. Se conocía con Bastian y después él y su troupe fueron a casa de Bastian y Debord la siguió. Les dio una clase sobre lo que llamaba el *détournement* y el *potlatch* a raíz de lo que había hecho junto a otro situacionista (o ex) llamado René Vienet. Habían comprado una película china fuera de circuito y le habían cambiado los diálogos a los personajes de manera que parecía

una parodia crítica de la hegemonía cultural. Unos obreros se radicalizan contras los jefes y la burocracia del capitalismo de estado (comunismo). Frases de Marx, Bakunin, Reich y del mismo Debord le dan con todo al sindicalismo (comunista), al maoísmo. También le habían cambiado el título original *Crush* por *La dialectique peut-elle casser des briques ?* (en español ¿Puede la dialéctica romper ladrillos?)

La idea central era cambiar el significado de algunos hechos a través de intervenciones. Kreimer lo había leído en castellano y esa noche se llevó un montón de fotocopias, que le parecieron un tanto dogmáticas, pero que le gustaron. En verdad, después se dieron cuenta de que Debord estaba yendo cada noche a casa de un grupo con la idea de que hicieran número en el estreno de la película. Puede haber sido en la primavera europea del 73. Fueron en patota y parecía que eran un movimiento. Lo eran, pero de manera invisible. En esos papeles estaba algo de la historia de los surrealistas, el quiebre cuando algunos se afiliaron al PC, los que se quedaron medio en "el arte por el arte" y el artista como antena (los Letristas) y el neanarquismo que significaba el situacionismo.

Cuando se fue a Londres a acompañar a una amiga argentina que no sabía hablar inglés, la palabra situacionista era usada por muy pocas personas, y oficiaba como contraseña de que "no te habías creído ninguna de los movimientos pop".

Juan Carlos escribió *De ninguna parte* en los ratos libres que le quedaban mientras trabajaba de lavacopas y acomodador de teatro, recién llegado a Londres. Una agente literaria que conoció casualmente en el bar donde trabajaba, se ofreció a recibir su nouvelle cuando estuviera terminada.

Con una botella bajo el brazo y el original del texto perfectamente anillado se presentó en la oficina y como la agente no hablaba español, él le explicó de qué iba la novela. Lo primero que dijo Beth fue "¡No!!! ¡Otra novela de un extranjero en Londres!". A pesar de esto, la hizo girar entre sus renombrados contactos. A los poco meses, Kreimer recibe un llamado telefónico de Ute Korner, de editorial Bruguera, para decirle que Esther Tusquets, dueña de Lumen, había leído "la novelita del beatnik argentino y le había parecido una mierda". Pero que algo les había interesado.

"¿Serán las referencias a Latinoamérica?", pregunta ansioso Kreimer al otro lado del teléfono. Definitivamente, no. Lo que despierta el interés de la sra. Tusquets son exs

chicxs pintarrajeadxs y desprolijxs que aparecen mencionadxs varias veces en el texto y que aparentemente están armando terrible alboroto social con sus actitudes y creencias. "Que escriba de eso", "en un mes tiene que entregar un libro acerca del punk".

Con el volar de los años, "Punk la muerte joven", escrito a los piques entre septiembre y noviembre de 1977, le creó un karma de cronista que supo estar en "el lugar y el momento apropiados". Y lo identifica como uno de los que pusieron letra a la subcultura que emergía: "Pibes ingleses y norteamericanos a quienes la familia del rock —o la contracultura que ésta representaba— había dejado de contener".

Publicado por Bruguera, en marzo del 78, el libro toma vida propia y a los pocos meses ambos (Juan Carlos y el libro) se independizan. Después lo reeditan otros sellos, se fotocopia mucho, se piratea en varios países, se pasa de mano en mano. Los ejemplares que muchos jóvenes le piden que les dedique, se ven muy manoseados, con muchas frases y párrafos subrayados.

Y así es como el original de *Señor de ninguna parte* fue a parar a la basura. Existía una copia en carbónico, que eventualmente fue perdiéndose por ahí, tal vez bajo la lapidaria sentencia de esas muestras de la edición. Pero ¿cómo te pega que te digan que lo que hacés es una mierda? ¡es fuerte! Un poco de bronca le habrá dado.

Bronca es parte del ingrediente que subyace en *Punk la muerte joven*, donde Kreimer describe todo con la objetividad del desconfiado, pero se nota la hilacha que les punks imprimen en su espíritu. En el patio trasero de una de las ciudades más importantes de Europa, lxs jóvenes aúllan en hartazgo, inconformismo y decepción que el sueño se terminó, por si no lo habían notado, y punk aparece como la más auténtica mueca.

Volviendo a cómo se recupero este texto, la cosa sigue en 2015, cuando una vieja amiga de Londres le envía una caja con varios sobres conteniendo escritos que él le había dado a guardar en algún momento (que ya ni recordaba). En uno de esos sobres aparecen los borradores de *De Ninguna parte*: son páginas con tachaduras sobre tipeado, muchas anotaciones manuscritas entre renglones y agregados al dorso. Indicaciones varias, recortes pegados, muchas anotaciones.

Una noche de insomnio, Kreimer comienza el rescate y copia a la notebook sin caer en la tentación de adaptar la escritura a cómo lo haría ahora con años de profesión y vida. En pocas madrugadas está listo.

El resultado es esta novela corta en formato diario donde relata los primeros meses de vida como forastero en un lugar prestado, solitario, observador: El carnet de periodista con el que consiguió el 50 por ciento de descuento en el vuelo de Aerolíneas que lo llevó a Europa, cae en desuso. Se tiene que hacer de abajo, en Londres no es nadie. Se acomoda en el anonimato, pero escribe todo: por oficio y por desesperación.

En mayo del 76 llama a Buenos Aires para hablar con sus xadres quienes le dicen: "No vuelvas".

Con pocos peniques Kreimer transita squats, recorre cada barrio, revisa disquerías y librerías, levanta flyers, lee cada fanzine que cae en sus manos. En ese peregrinaje cruza altos personajes como a Alexander Trocchi del clan Ginsberg-Burroughs, representante de aquel Letrismo de los años 50 que intentó restaurar el surrealismo y derivó directo en el situacionismo. Y a Colin Wilson, el autor de *The Outsider*. Y a John Berger. Mientras, rastrea los pasos de Gary, un chico que escribe con las tripas y el corazón traspasados por una aguja, el epítome del ethos punk, el crudo desgarró con el que debería comunicarse todo.

Juan toma notas de todo. Escribe sin parar y guarda las hojas en una carpeta con el título: "TIPO DE NINGUNA PARTE".

Las referencias a métodos de comunicación que ya no existen crean un mapa afectivo, un itinerario que acrecienta la sensación de búsqueda constante. Espera una carta, un llamado, se entera de acontecimientos trascendentales en Argentina por medio de los titulares de algún diario en un kiosko, guarda un flyer como si fuera la pista del tesoro con una clave mágica, se pierden papeles con direcciones claves. Para encontrar a Gary recorre varias veces de memoria un camino que hizo con él pero que no lo lleva a ningún lado. El Londres underground del 76 le proveerá las coordenadas con el solo hecho de dejarse llevar. Así es la propuesta de este novelín.

Si a "deriva" y "col desvío" hicieron que cayera justo en Londres cuando "ocurrió" la explosión punk. Entonces, Juan tira de los piolines y cuenta su versión. De lo que pasa y de lo que le pasa. Tal vez ése sea su karma.

Les prologuistas editorxs

Y yo, Pat, ¿por qué estoy escribiendo esto? Es porque soy resultado del impulso de aquellas ideas y rebeliones. Cuando me relacioné con el punk rock en 1983-84 lo primero que aconsejaban tus colegas era que había que leer *Punk la muerte joven*, sí o sí. Contaban que Kreimer vivía en Londres y lo había escrito ahí, en 1977, durante la mismísima explosión punk. Nada más sabía de él. Nada más importaba a mí en ese momento. Tommy Gun, un punk de Wilde, me envió el libro por correo y a la semana se lo devolví en la esquina del bar Einstein.

Lo había devorado, las páginas que hablaban de fanzines y pensamiento punk funcionaron como destapador, como llave de paso, como correr una cortina. Ahí encontré palabras para muchas sensaciones que tenía: el punk era un desafío a la normalidad, yo me sentía afuera y quería estar afuera pero existía una manera de desarrollarme manteniendo este espíritu crítico. En esos años *Punk la muerte joven* funcionó como articulador de la rabia de lxs punx locales: era fotocopiado prestado manoseado atravesado por el deseo, cada detalle era una provisión de imaginería para la rebeldía sedienta de material, hambrienta de caos.

"No hay ningún título que habilite, ni ninguna regla fija para hacer punk rock: prueba suerte." "Mezclar emociones, escribir, pegar, fotocopiar."

PIEDRA LIBRE para algunos jóvenxs escondidos tras el horror que les causaba la sociedad.

Corrí al baño y me corte el pelo (es curioso, Kreimer me dijo que él también se cortó el pelo mientras escribía *La muerte joven*). Era la primera declaración de principios.

En mi habitación casi a oscuras, escribí a mano un flyer muy encendido: lo titulé DESPIERTA. Estaba en mis manos la posibilidad de expresar lo que me pasaba. Como tener que vomitar, para después sentirte mejor.

La sensación de libertad me recorrió el cuerpo: podía hacer lo que quería sobre aquel papel en blanco, lanzar mi mensaje de desesperación: fotocopiarlo y repartirlo.

Mi máquina de escribir, se volvió instrumento de mis desilusiones y toda mi infinita tristeza hecha furia. Lanzada a este mundo, ¿qué podía hacer (ade)más de morir?: un fanzine.

Recientemente, Juan escribió en *Prosa canibal*: "Treinta años necesita el estigma del rechazo de este libro para que me anime a escribir sobre el bajón de esos años. El rechazo y la desilusión de mediados de los 70 se lleva puestas mis dudas al respecto de si tiene o no sentido escribirlo. Ahora pienso que toda esa otra mierda que se te atraganta cuando alguien no acepta o valora lo que hacés, es la verdadera mierda."

Y yo, Ale, creo que tal vez publicamos libros para que estos digan algo de nosotres, diciendo algo a otros. Eso también es para dejar de atragantarse. Y por eso hacemos de este rescate una puesta en práctica de un juego nuevo y no tanto, una continuidad rebelde y una transmisión entre generaciones.

Autor y editorxs compartimos el tránsito por las décadas que prosiguieron a los 70 de maneras muy distintas. Los años De ninguna parte nos hablan de jirones familiares, dolores de amigos, ruido sordo y silencio más sordo: Quedate allá. Cuanto de aquello se insinúa en los indisimulados porteños que cumplen quién sabe qué tarea, que Juan ignora, como a una sombra tan elástica como tenebrosa. Pero también habla del asombro por la capacidad nuestra para reinventarnos, a veces tentar a la fortuna con ternura... y también ser sensibles al atragantarse de otros, sentir el impulso y porqué no: ¡inspirar el escupitajo!

Pensar que estas vivencias, que son crónica y ficción también, nos siguen emocionando, habla de su potencia. Tal vez sea algo de la frescura que decía Briante. O tal vez solo sea un gesto, el de reponer aquella urgencia. ¿O existe mejor tarea para editoriales punk que publicar un libro cuyo original había ido a parar a la basura?

EL EXTRAÑO DE LAS GOLOSINAS

Silvia Resorte

1977 una fecha determinante para la generación X, recuerdo haber conocido a Juan Carlos Kreimer en las latitudes de las Ramblas de Barcelona. La generación X fuimos tan representativos de la idea anti sistema que por parte de los representantes del orden público somos doblemente considerados criminales aún hoy. Así en la efervescencia de la punkitud, Juan Carlos me reconoció por la calle como miembro de esta secta. Estaba escribiendo un libro sobre el punk para la editorial Bruguera. ¿Sos punk? Dijo sabiendo ya la respuesta. En mi mirada se debía de notar que me lo tomaba en serio, yo en la suya también lo percibí. Ven, tengo unas fotos increíbles de grupos punk en mi hotel. Esas fotos parecían golosinas de un extraño. Nunca cojas golosinas de un extraño. Pero el punk no tenía falsa pasión. Enseguida lo vi honesto y creí en él. Fui a su habitación de las ramblas. Las golosinas resultaron ser de verdad. Sí que eran fotos increíbles del sello independiente Chiswick. Todavía las conservo, amarillas, desordenadas. como yo soy. Con la llegada del Facebook ya en el futuro, volvimos a reencontrarnos, estaba metido en la quinta reedición de aquel libro, Punk la muerte joven, que tanto ha llegado a significar en la génesis de la escena latinoamericana. Para entonces me pidió un texto para eternizar la alianza entre él y yo. Yo le entregué el texto más horrible que había escrito nunca, por pereza de escribir uno nuevo y luego me arrepentí, pero ya era tarde. En las mismas fechas me hizo llegar su propio ejemplar original del libro, al haber desaparecido el mío comido por el descontrol. Su ejemplar era maravilloso desgastada la portada hasta casi desaparecer, había envejecido con amor. Seguramente era un libro que llevó en su bolsillo a todas partes, y había sufrido accidentes sin duda alguna, porque estaba malherido.

Hace bastante poco tiempo me anunció: Publiqué otro libro de aquella época. Y me lo envió en PDF, como otra golosina más. Yo llevaba 13 años sin leer, que desde qué falleció mi amiga Rosa Resorte, con hacerle el homenaje con los miembros originales de la banda que nos unió Ultimo Resorte (sin

acento) empezó a ser mi vida mucho más emocionante que un libro, mientras que nunca había sido así.

Para honrar a mi amigo... hice una autoedición secreta y sin pedir permiso. Es que yo no se leer libros en digital, necesito sentir el papel para sentir las palabras. Me introduje en él. De ninguna parte, se llama. Fue mágico, su lenguaje argentino era precioso, su cadencia de puntos, frases cortas, casi susurradas en la soledad y la penumbra, palabras que casi desaparecían, para volver a resurgir con dolor en otra parte. Me enamoré totalmente del libro, de inmediato me puse a ver videos por Internet sobre la horripilante dictadura de videla (con minúsculas), la torpeza de Isabelita Perón. La operación Cóndor. La guerra fría. Los desaparecidos innumerables. Por otra parte el Che, de como se reía él de sus propios discursos. Allende digno hasta la muerte y que después de todo lo sucedido a día de hoy el pueblo de Chile sufre otra persecución, de mientras la izquierda justicialista gana las elecciones en Argentina. El NO futuro ha llegado, los pobres se revelan, la libertad



Portada primera edición Punk, la muerte joven, Bruguera, 1978, diseño Victor Vilaseca.

es cosa de ricos, unos tienen armas, el pueblo no, pero la juventud tiene ingenio. Allí están todos luchando en las calles desde Hong Kong a Barcelona, reinventándose la lucha.

De mientras Juan Carlos me ofrece una nueva golosina. ¿Porqué no me mirás de editar mi libro en la península ibérica o en la republica autonoma catalana? Dicho y hecho....me pongo en contacto con mis amigos de El Lokal del Raval y les presto mi ejemplar pirata para que lo saboreen. Respuesta afirmativa. Este libro es una golosina sin precio. JC donaría los derechos a algún colectivo que yo le sugiriese. Yo tal vez me decida por ayudar a Mariana Huidobro que tiene a su hijo encarcelado doblemente, y sin medios para pagar abogados. Ambos proceden de Chile, Rodrigo ha tenido doblemente mala suerte en esta vida por haber sido encarcelado en dos ocasiones distintas, seguramente debido ambas por su estética punk, desde el trasfondo de ambas cuestiones. Sí, se defendió en una disputa matando a su adversario por accidente.

Continua Juan Carlos. ¿Me pasarías el contacto de Ediciones Camino de Chile ...quiero ofrecerles De ninguna parte... en iguales condiciones? Lo siento ahora mismo Xxxxxxx que es mi contacto, está luchando en las calles contra los milicos que ha enviado el presi (así abreviado, porque no tiene ni nombre) para instaurar una nueva dictadura contra su pueblo desarmado. Hay muriendo mucha gente, como entonces. La única solución es que otras gentes de otros países difundamos lo que esta sucediendo. Editorial Camino esta en lucha. La cultura ha hecho los lazos para que la gente responda de forma anti sistema. No se trata de recibir unas migajas a cambio de la compostura forzada sino se trata de ir mas allá. Anarquía tal vez, por fin. Sin miedo.

También puse en contacto a Juan Carlos Kreimer con Xxxxxxxx que lleva en Bogotá la librería y editorial, La valija de fuego, para la probable edición de este legajo bajo las mismas condiciones que en Barcelona y Santiago, pero Bogotá ha estallado en fuego...el incendio progresa. Es una lucha de clases global o mas aun es una lucha a la desesperada por la supervivencia. El mundo se acaba y Marco también está en lucha, no sé si habrá tiempo para este libro desde el fin de los tiempos, pero no es cuestión de rendirse, sino de seguir insistiendo con perseverancia y entusiasmo, que es el arma secreta del punk para morir joven.

Y la última golosina de este maravilloso extraño Juan Carlos Kreimer a sido insistir y ayudarme para que me pusiera a escribir recuerdos de mi vida y que como no sé cómo enfocararlo para darle mas emoción, él me alienta. No aflojes. Seguí, aunque no sepas a dónde te llevará. Plis.

Mi hombre de las golosinas siempre honesto. Su libro De ninguna parte, es amargo pero esta escrito para niñas como yo. Su Silvita.

Barcelona 27/11/2019

de ninguna parte

londres, 1976

Viernes 6 de febrero.

¿Estoy aquí porque en Buenos Aires no le encuentro sentido a nada y no me soporto, o para escapar de la barbarie que se anticipa?

¿Debí quedarme junto a todos y apechugar el mismo destino? ¿Me estoy cortando solo? ¿Qué será de lo que todavía siento por ellos?

¿O vengo a hacer la vida que siempre anhele? A empezar de cero. Lejos de todo. Aquí. Donde todo tiene una dimensión posible.

La sensación de haber llegado todavía se me enreda con la de haberme ido.

Me hospedo en el hotel Seven Dials, al borde de Covent Garden. Desde afuera no parece tan pequeño ni laberíntico. Para llegar a esta habitación debo trepar dos pisos y medio por una escalera angosta y crujiente. La cama, también angosta, ocupa la mitad del cuarto, en la otra hay una silla y un tablero que se superpone con la cama. El único estante está cuarenta centímetros arriba de la almohada, puedo tocar el reloj con solo estirar la mano y tantear.

El empapelado repite diagonales de florcitas rojas, simétricas hasta en sus pétalos. Según ponga los ojos, crean un efecto de infinitud o de caérseme encima. La ventana no puede levantarse. Afuera nieva con furia desde hace dos o tres días. Una nieve sucia. Los negocios del barrio ni levantan la cortina metálica. ¿Para ver esto vine acá?

Entre tanto estoy más solo que nunca en mis treinta y un años. Sin un peso. No sé qué busco ni que ocurrirá conmigo. Hace doce días que llegué y once que hago lo mismo: salir de la habitación antes del mediodía, volver cuando no puedo más. Me resisto a reconocer las señales de la desesperación.

Cúidese, la calle está muy resbaladiza, me repite todos los días el encargo.

Las tres libras que le doy todas las mañanas me parecen mucho. Si me las ingenio, con esos tres billetes arrugados puedo comer y andar varios días. Mis reservas no llegan a veinticinco libras. No quiero estar en cero la mañana que deba irme de aquí.

En verdad, apenas necesito otra cama caliente.

Lunes 9.

Es la quinta o sexta vez que entro en la librería Foyles. Tres amplios pisos de libros. Ahora voy directo al sótano. A cualquier hora llegan cajas con usados, antes de que los clasifiquen los venden por monedas. Un hombre alto, encorvado y de ojos saltones hojea "Devil's sperm". Su desaliño no es comparable al mío: viste bohemio, abrigo deformado por el uso pero elegante. Mi gamulán de repente se hizo bolsa. Ya nos hemos cruzado otros días revolviendo las mesas de saldos. Molesto con mi mirada, con los dedos me hace el gesto de qué pasa.

Leí a Alex en español, lo tranquilizo desde el otro lado de la mesa. Finge ignorarme y seguir hojeándolo pero se nota que está más pendiente de mí que del libro que tiene en las manos.

Disculpe, el autor me menciona en "Más de un millón de disconformes invisibles" y pensé que usted podría ser uno de nosotros, le invento.

Puede ser, el libro no da ningún nombre, solo habla de los beneficios que obtendría el planeta si el millón de disconformes supiera que son parte de un mismo plan.

Al hombre se le cambia la cara y nos ponemos a charlar. Cuando habla del autor lo menciona por su nombre, Alex.

Deduzco que lo conoce.

Sí, lo veo algunas mañanas en Claremont Square o en Myddelton Park.

¿Alex va a tomar aire al parque?

Cuando la..., el hombre titubea, la situación con su mujer y sus hijos menores se pone densa, él se escapa de su casa y refugia por ahí.

El hombre y yo sabemos a qué se refiere al decir la situación: lo que inyecta.

¿Vos también...?, me pregunta.

No, pero es como sí.

¿Estás cayendo o recuperándote...?

Al borde las dos.

No sé cómo llegamos a que pronto seré un homeless ni en base a qué dice conocer a alguien que liberó un squat detrás de King's Cross. En su libreta de teléfonos tiene la dirección y la combinación del candado. Anotá, me dice. Cualquier problema decí que sos del grupo de Pete.

Algo me advierte que no debo preguntar quién es Pete.

Miércoles 11.

Muchos autos de los 60 vienen a morir detrás de la estación de trenes, con cualquiera de ellos en Argentina podría comer un año. En Northdown St. hay una ristra de casitas muy elementales, calcadas una de otra, solo las diferencian los materiales sobrantes con que fueron reparadas o los plásticos negros que cubren algunas ventanas.

Doy varios rodeos antes de entrar en el número que me indicó. Una barra de muchachos discute en la puerta. Al pasar por cuarta o quinta vez por la vereda de enfrente no los veo y me animo a entrar. Todo es tenebroso, avanzo sin detenerme ni buscar otra cosa que una cerradura con candado. La única puerta que lo tiene es una del fondo.

Es un cuarto sin ventanas. En el piso hay un colchón del que asoman varios vellones de lana. Tiene manchas opacas en ambos lados. El anterior ocupante dejó una sábana y dos frazadas grises hechas un bollo. Todo huele mal. Tal vez mañana lleve todo a un lavadero. O algún día.

Jueves 12.

Un cable suelto cuelga de la pared, me las ingenio para unirlo con la electricidad del pasillo. La extensión llega hasta el colchón. A un artefacto que cuelga en el tragadero de luz le destornillo el portalámparas, lamparita incluida.

¿Qué carajos estás haciendo, darling? La voz, muy áspera, viene desde un recoveco más allá de mi puerta. La que me increpa es una mujer mofletuda, pelo enredado, raya al medio, nariz y ojos rojizos. Pese a que lleva entreabierto un grueso capote del Ejército de Salvación resulta imposible adivinarle el cuerpo. Es tan tenebrosa como el lugar.

Vení, ordena antes de que pueda intentar una respuesta.

Alguien debe administrar esto, por el pasillo sospecho que me llevará ante él. No, me hace entrar en un cuarto lleno de objetos recogidos en los tachos de basura. No pasan diez minutos cuando ya se quitó el capote e intenta que los contoneos de sus redondeces y colgantes se parezcan a algo sexy. No sé cómo lo logra, al minuto me tiene zamarreándola a panzazo limpio, splach splach. Ella jadea al ritmo de las embestidas. Splach, splach. Ugh, ugh...

Suficiente, suficiente, pide poco después.

Se me baja no bien se la meto. ¿Qué importa? Tengo cama con velador, cuarto con candado, el aval de una vecina.

Lo supongo.

Si no quiero congelarme por las noches debo meter la lamparita encendida bajo las mantas.

Lunes 16.

Aprendo a prever y regular mis necesidades fisiológicas. Del inodoro del único baño de la casa suben vahos imposibles de aspirar. Ni siquiera puedo sostener el culo en el aire y apoyarme sobre las paredes, todas tienen una humedad pringosa.

Recién ayer descubro que a la vuelta hay una Shell. Me escondo detrás de una columna, espero a que llegue un auto, hago como que bajo por la puerta de atrás y camino decidido. Omito detalles de los sanitarios y lavabos. Lo increíble es que de la única canilla sale agua tibia.

Mis vecinos del squat mean en botellas vacías. La mujer que me bautizó tiene varias junto a su puerta.

Toda necesidad busca su satisfacción, me dice mientras se la enchufa en la entrepierna y llena de parada. No le importa que la vea.

La regla es sacarlas por la mañana y vaciarlas en la alcantarilla. Nada de amontonarlas en el pasillo. Junto a los tachos de basura siempre hay varias botellas prolijamente alineadas. Algunos las recogen de ahí y se las llevan al cuarto.

Los demás squatters pasan a mi lado en modo desprecio. Sus miradas de reojo me intimidan. Son diez o doce. Ninguno me despierta el menor deseo de iniciar una conversación.

Aunque no me preguntan cómo conseguí el anteúltimo cuarto, sospechan de mí, lo percibo.

Irme (desaparecer) y dejar el cuarto cerrado es la manera de llamar menos la atención.

Algún día volveré al palacio Seven Dials, me prometo cada vez que hago girar los números del candado.

Frente a la Shell, en un tráiler de tres ruedas, venden café. El vaso grande con un escupitajo de leche cuesta diez céntimos. Tomarlo recostado sobre un poste de luz me produce

un mix de euforia y abismo. Después, lo de siempre: recorrer. Permitirme ir por una calle y a la tercera o cuarta doblar a la derecha y tres o cuatro más adelante a la izquierda y así.

Los frentes y las veredas ya empiezan a parecerme iguales. Nada me sorprende ni detiene, a medida que avanzo creo recordar esas fachadas sin haberlas visto nunca, ni en fotos.

Miércoles 18.

Hoy me toca Islington. Por más que me lo propongo, me cuesta caminar en línea recta, las piernas se me entrecruzan. Con todo, evito pisar las uniones de los baldosas.

¿A quién le importa que yo camine en zigzag?

Ni mis pasos me pertenecen. Lo digo en voz alta y en español. Escucharlo me suena entre cursi y patético.

Noel Road. Tampoco ningún nombre de calle me evoca ni produce la menor asociación de ideas. Todas siempre llevan a algún parque adonde sentarme un rato. El tiempo que quiera. Igual que ayer, que la semana pasada, que todos los días desde que llegué.

Tampoco puedo explicar qué me hace ir en tal dirección y en tal otra. Un tático convencimiento es que se me revelará una pista salvadora. Algo o alguien me irá acercando a algo o alguien mas interesante. No me frustra no encontrar nada, cada mañana el impulso reaparece, yo sigo a mis piernas.

Voy por Upper St. y paso bajo las arcadas del pub Hope and Anchor. Una hoja mimeografiada anuncia que el 6 tocan The Slits. Hay una foto quemada de cuatro chicas.

Cada vez que leo Yard tras el nombre de una callecita entro y la sigo hasta el final. A través de esos pasajes semi privados llego a rincones ocultos. Los patios traseros de los edificios muestran más vida que los frentes. Hoy al meterme por Hanover Yard, bajo una enredadera envolvente descubro una placita cerrada con dos bancos de plaza.

Sobre uno dormita un hombre, no muy mayor, correctamente vestido. Una larga caja de cartón tamaño heladera lo protege del frío. Una mano bajo la mejilla, la otra adentro del abrigo.

Dejo caer mi cuerpo sobre el banco enfrentado. Observarlo y estar pendiente de lo que el viejo hará al despertarse se me vuelve lo más interesante que puede ocurrir en Londres en

ese momento. Pero a los pocos minutos me desconcierta. Me acerco y le golpeo el hombro.

Eh... hombre, ¿tendría un cigarrillo para venderme?

Se incorpora despacio, manso, y toma tiempo para volver a la realidad, después apila los cartones bajo el banco y me hace señas para que me siente a su lado.

La mentira de la igualdad es simple. Aquí todos somos iguales... pero hasta aquí, no te confundas.

Se golpea el tobillo y veo la suela de su zapato atada con un cordón:

Gary quiso llegar hasta aquí..., se palpa la pantorrilla. Pero no hay para todos.

Habla de Gary como si yo supiera quién es.

Antes de contarme, ¿me va a vender un cigarrillo o no?

Ya, ya...

Y saca un paquete arrugado del bolsillo. Duda entre ofrecermelo uno de los pocos que le quedan. Cuando le extiende un par de monedas, las guarda sin contarlas. Y acerca su cabeza a la mía.

De chico Gary era muy social, me aclara. Hablaba con todos, cualquiera. Después entró en ese mundo y creyó que llegaría muy alto...

La voz se le corta de golpe. El hombre levanta el brazo y articula los dedos, al bajarlo mete otra vez la mano en el bolsillo, saca las monedas y quiere devolvérmelas. Se las rechazo. Insiste. Esquivo su mano. No se da por vencido: con la otra me obliga a tomar el paquete entero.

¿Por qué tanta generosidad conmigo?, pregunto.

Hace mucho que nadie me habla.

No dije nada.

Al menos me escucha.

¿Ningún pariente, ningún amigo, ningún vecino...?

Vivimos en una epidemia de soledad.

Tomo un cigarrillo del paquete y se lo ofrezco. Entre los dedos de su mano aparece un encendedor zippo. Hace un malabarismo con los dedos y surge una llama larga, la mantiene debajo de su cigarrillo hasta que expira la primera pitada.

Me lo regaló mi hijo, dice.

Jueves 19.

Cada noche pierdo un poco más de la escasa razón que me queda. Por más que quiero seguir un recorrido lógico y encontrar una salida, la única que aparece en mi mente es una serie de abstracciones y detalles que me copan unos minutos. Al rato se me vuelven insignificantes. Olvidos.

Vuelvo a la realidad y se me aparecen otros pensamientos igual de difusos. Nunca logro encauzarlos. La parte volátil de mi cerebro tomó el poder. Estoy dominado.

Todo es y no es así.

Lunes 23.

Hoy me toca pasar por lo de Sebastian Pauls. Un cuadro del PC inglés que acepta aguantarme la mochila en el sótano de su consultorio hasta que consiga un domicilio mas o menos estable. También me deja usar su dirección para recibir correspondencia. De todas partes del mundo llegan cartas para los expatriados. Él las pone en una bandeja junto al perchero del pasillo. Al principio paso todos los días, ahora cada dos o tres.

En su barrio, Camden Town, las cabinas de teléfonos están cubiertas por grafitis. Con todo tipo de estéticas y mensajes. Códigos que no comprendo. Smilies, No hype, Dad noes, Something original, Life isnt a rehearsal. Entre las pintadas siempre sobresalen dos palabras. No future.

A las 11, Sebastian Pauls empieza a atender, si voy antes, capaz que lo encuentro y me deja darme un baño, en mi última visita me calienta un té.

Al entrar a su casa reviso la bandeja. Cada vez que encuentro un sobre con los bordes celeste y blanco me ilusiono. Cuando veo que es una de los viejos o algún amigo la guardo en bolsillo. Sin abrir. Así pierdo varias. Las que leo tampoco puedo terminarlas.

Reencontrar la letra de mis viejos me puede. Todo está mal allá. Dan rodeos, no responden a mis preguntas. Objetivamente ellos se ven más pirados que yo. En medio de quién fue y quién no a tal cumpleaños familiar y de los precios de las cosas, siempre ponen frases tipo esto viene para largo, no vuelvas, pasó el tiempo lo mejor que puedas.

Entre las líneas veo sus ojos inquisidores. Otra vez te saliste con la tuya. De esta no te levanta nadie.

La semana pasada no paso ningún día por lo de Sebastian Pauls.

Hoy retiro una carta para otro. Soy consciente de que el hecho quiebra un pacto de confianza. Es la respuesta a una solicitud de trabajo. En la hoja el nombre del destinatario está borroso. El resto es un impreso que le pide presentarse en W 6th Frith St, en el Soho, y preguntar por Pam Keen.

Martes 24.

Vuelvo a Noel Yard y encuentro otra vez al viejo. Lo primero que me dice es que la tumba de Marx no está muy lejos de ahí. Se ofrece a llevarme a conocerla. Por el camino, vuelve a hablarme de Gary. Es él quien me da la página que le dedicó el New Musical Express. Solo alcanzo a leer el título: Hipercrítico sabiendo punk toma la escena. Es larga y caminando se me hace difícil seguirla, vuelvo a doblarla en ocho y le pregunto si me la presta para leerla tranquilo. Me la arrebató de las manos y guarda en el bolsillo.

Primero tenés que conocerlo.

Desandamos Noel St, pasamos por la boca del estación Angel.

Ángel, digo, sorprendido.

Sí, ángel, replica el viejo y empieza a hablarme de la condición angélica de los artistas jóvenes.

Una pena, siempre terminan neutralizados por su propio éxito antes de los treinta y cinco años.

Me quedan dos.

Por el camino entramos en un monoblock que ocupa una manzana. Sigo al viejo por escaleras y largas galerías. Contra la baranda, hay cochecitos de bebés, bicis, macetas con plantas, tendederos plegables, carritos de supermercado, cajas de corrugado.

Se detiene un segundo ante una puerta negra en la que hay tres enormes letras pintadas en rojo: O, U y T. Toma aire, la empuja y entra directamente.

Un raro olor sale de adentro. Mezcla de productos medicinales, pis gato y ranciedad de encierro. La luz que

entra de la galería enceguece al muchacho que está sobre la cama y obliga a taparse la cara con los brazos.

¿Y ése?

Vine con alguien que quería conocerte, se justifica el viejo, de espaldas, mientras revisa las cajitas y ampollas abandonadas sobre la mesa.

¿Dónde estás?, me pregunta.

Nada... El señor...

Alex...

Bueno, Alex quiere que te conozca.

Desde que llego a Londres, si descuento a Sebastian Pauls, es la primera vez que alguien me hace pasar a su casa. Siento unas raras ganas de conocer a esos personaje-leyenda. De la literatura beat y del rock marginal. No imaginaba que Gary XXX podría ser su hijo. Ahí está el gancho la gran nota, me digo.

Hacé lo que quieras pero no me hagas ninguna pregunta.

Se hace el desentendido, de todos modos de su manera pastosa de modular las palabras se desprende cierto deseo de que le ande atrás.

Merodeo por el único ambiente. En una segunda mirada lo encuentro con aire de hogar. Aquí hay tazas, ahí una Underwood antigua, ahí libros, una hilera de LPs, cajas y cajas con comics y casetes alineados sobre el piso contra las paredes. Las ropas cuelgan de clavos puestos directamente en el cemento, en una de las paredes hay ropas de mina, parecen de alguien que se dedica al sadomaso.

Nunca tenés nada que beber, se queja el viejo.

Nunca de madrugada. Venís, traes gente que recogés por ahí, esperarás todo de mí. Lo mismo ocurría en tu casa. Ahora el artista necesitado soy yo. Y vos, el podrido consagrado que no necesita hacer nada más, no te das cuenta que sos un intruso aquí. ¡Salí de mi vista, viejo letrista!

Están en esa parodia cuando se abre la puerta del baño y del centro de una nube de vapor surge una chica envuelta en una toalla. Carnosa sin llegar a regordeta.

¿Quién es él, Gary?, pregunta.

Otro levante del viejo.

Sigo la representación, me acerco al viejo, le paso un brazo alrededor del cuello y digo:

Ya es hora que me digas tu nombre, ¿no crees?

Alex se desentiende de mi abrazo.

La chica se me acerca.

El viejo siempre arma este tipo de embrollos, lo que necesité saber preguntámelo a mí. Le aguanto la mirada. Y por favor, llame Viv.

Viv me tira complicidad. No me quiere seducir. Solo darme a entender que es la única con los pies en la tierra en esa casa. Y que si me llevo bien con ella obtendré todo lo que necesite de Gary.

Buscas una historia, no?

Sin importarle las presencias del viejo ni mía, desanuda la toalla y directamente, sin slip, mete las piernas en un pantalón negro demasiado reluciente para esa hora del día. En tetas se prueba una blusa blanca, después una remera rasgada, al final opta por un corsé blanco brillante. Una vez que logra abrocharlo, dos globos rosados insisten en escaparse por la parte superior. Clavo los ojos en ellos. No disimulo.

Entre tanto el viejo pone bajo la llama del encendedor una cuchara con una bolita que encontró por ahí, o sacó del bolsillo. Viv acusa recibo de mi mirada lasciva sobre sus globos y los pasea de aquí para allá.

En la mesa hay varias fotocopias del recorte del Musical Express.

El viejo se inyecta primero, Gary a continuación. La lectura me sirve para evitar verlos apretarse los brazos con una mano y empujar la jeringa con la otra. Dick Cohn ha de ser muy importante: su nombre figura al comienzo del artículo, casi en el mismo tamaño que el título. Ahí están, los dos, sentados en la cama, acusando recibo de lo que anda por su sangre. La nota también está escrita a los brochazos. Con frases cortas, dando a entender la situación sin necesidad de describirla. Recién en el tercer párrafo me doy cuenta que cuando dice TG se refiere al "terrific gig", el terrible recital que hizo Gary el mes pasado.

En el departamento, en ese preciso instante, pasan muchas cosas que tampoco percibo. No imagino de qué va la relación Gary-Viv. Cuando el artículo alude a ella Dick pone su ex. Sin su ex él no hubiera llegado ni a la esquina. Por lo que veo, su ex todavía vive con él. Su ex sí que va a dar que hablar. Dick Cohn también debe estar más hipnotizado por el monumento a las tetas que por el personaje del "genio perdedor" (loser genius)

El viejo quiere alcanzar el play del grabador que está al otro lado de Gary y Gary empuja el aparato con el pie. Jerry se desploma sobre sus piernas.

Ahora Alex va a intentar levantarse y lo verás caer al piso, me susurra Viv. La profecía se cumple. El viejo derrapa sobre varios zapatos dispersos al borde de la cama. Doblo la fotocopia y la guardo en mi gamulán.

Ni se te ocurra hacer nada por ellos, me advierte Viv. Esperá a que les baje el pico.

Preguntarle ¿cómo sabes cuándo les baja? deschavaría mi falta de experiencia en el rito.

¿No era que hoy iban a ir a cobrar el cheque?, les dice ella.

Ninguno de los dos da la menor muestra de querer salir de ahí.

Muevan las bolas, parásitos, insiste Viv.

Alex se levanta como un resorte. Gary se concede unos minutos más de ojos cerrados. Mueve los labios. Viv se tira spray de perfume entre los globos y los acerca a la cara de su supuesto ex.

Cómo tengo que decirte que necesitamos ese dinero, repite. Vamos, levántate de una puta vez.

Al salir, la galería parece menos sombría. Una vecina nos saluda. Un cartero arrastra el carrito por los escalones. Recuerdo la carta que debería haberme llegado. ¿Qué espera para llegar? Hay un paraguas dado vuelta que fue cayendo por la escalera. Una mujer deja una bolsa con verduras en el recodo del primer piso y baja a buscar la otra. Cuánto extraño este tipo de familiaridad cotidiana. Ay.

La cola de desocupados que vienen por su cheque semanal llega hasta la esquina. Viv me pide una libra. Como no reacciono me ordena que la acompañe. Entramos a un súper y cargamos dos packs de Warsteiner Premium altas.

Una debo pagarla yo, supongo.

Mejor las dos, dice sería.

Al volver al correo, le da una lata a Gary y otra Alex y les dice Voy a casa a dejar el resto. Y a mí: vos acompañame.

Deja dos latas afuera de la heladera. Después acomodada las cosas que quedaron sobre la mesa. Eso creo. Lo que hace es inclinarse sobre la tabla, levantar el culo y menearlo. Su vagina me recibe lubricada. Termináme afuera, por favor, dice

sin mirarme. Los globos ya están liberados, los aprieto con fuerza.

No sé cómo lo hace, en un sacudón levanta la pierna derecha, la pasa por encima sin que nos desenganchemos y queda de frente a mí, ella sentada en el borde, abrazándome la cintura con las piernas.

Es inminente, aviso.

Me expulsa y empuja hasta voltearme sobre la mesa, quedo sentado sobre los recortes que hablan de su ex. Ella arrima la silla y me pasa la lengua como si fuera un helado palito. Me agarro de su cabellera con las dos manos. Me las saca con un movimiento brusco.

¡No me despeines! Grita con voz chillona. Tarde.

¿A dónde vamos?, le pregunta Gary al vernos llegar como si nada.

A devolverle a Laura lo que le debemos, y le manotea el sobre con el dinero cobrado.

Alex asegura de que Viv no haga lo mismo con el suyo. Dice que se va a su casa, quiere aprovechar la mañana para el nuevo libro.

El viejo siempre está escribiendo un nuevo libro, me aclara Viv.

Alex aprovecha que el 142 aun está en la parada y salta al interior. Viv nos toma del brazo a Gary y a mí y los tres bajamos la escalera del subte con el mismo pie. Ella me cubre para que pase por encima del molinete.

¿Y a la salida?

Yo me encargo.

Ninguno de los pasajeros se sorprende ante los estertores de Gary. El escote de Viv todavía irradia aroma a esencia de limón. El vagón se bambolea, voy tomado de un caño. Solo quiero olvidarme de mí.

Laura no está en su casa. Tampoco su compañera, Megham. Tendrías que conocerlas, me dice Viv.

Busco Charing Cross Rd. para volver al Soho.

Chau.

Sábado 28.

Colin Wilson es otro histórico a quien quiero conocer. Un Angry Young Men. Una plaqueta de bronce lo recuerda en el banco a la entrada del British Museum: Aquí dormía mientras escribía "The Outsider". En un tacho de basura muy cerca del banco veo un paquete de revistas atadas con una cuerda. Lo saco. Contiene cinco revistas Hustler y una Summer Special Edition. Dios no me abandona.

Domingo 29.

Mañana voy a lo de Sebastian Pauls, sí, mañana, me lo prometo.

Mis no-ganas son capaces de demoler cualquier argumento de necesidad extrema. Si la carta ya llegó, puede esperar un día más, me dicen.

Nunca sé si arrepentirme por todas las consecuencias que me ocasiona este progresivo dejarme deslizar por la corriente natural de mis perversiones o si considerarme orgulloso por la valentía de animarme a hacerlo.

Imposible determinar si la caída, mi caída, esta piltrafa de mí, es producto de mi voluntad o de mi falta de. Si parte de mi inconsistencia o es una fuerza que viene a redimirme. Como sea, el squat se me hace pesado.

Reconstruyo los diálogos que escucho en lo de Gary y cuando caminamos por el barrio de Angel y entiendo por qué soy incapaz de responder espontáneamente en el mismo momento. Hay una dosificación previa, una pérdida de la capacidad de asombrarme, desesperarme, reaccionar. Viene desde antes de dejar de ver a mi familia, antes de abandonar a mi primera mujer y de llevar mi trabajo a una situación límite en la que naturalmente puede prescindir de mí. Nadie entiende el rumbo que adopto de un mes para otro.

Hago una comprobación dolorosa. Al hablarme no me dicen nada, todo lo que cuentan me suena anecdótico, perece. Hay una fotografía, una sola, en la que se me ve arañar las paredes. Y muchas frases flotantes, leídas, escuchadas, subrayadas, anotadas, olvidadas, que ayudan al despegue. Han de estar en una caja de zapatos guardada en alguna baulera de Buenos Aires. Páginas sueltas, oraciones aisladas, tajantes.

Recuerdo algunas: el viaje es irreversible, la experiencia es intransferible, la única que nunca se equivoca es la intuición, hallar algo es perderlo para siempre.

Desde antes de partir, o venirme, mis acciones dependen cada vez menos de los demás y sus expectativas. Me dejo condicionar menos por lo que veo, pasa o hacen. No adopto decisiones mayores, no adhiero a ninguna causa. No consiento. Dejo venir. La actitud me ubica al margen. No es que me guste vivir a un lado de los acontecimientos, más me desagrada ser parte de ellos. No importa qué quiero, a determinadas cosas no las quiero más. El tajo ha crecido, madurado, cicatrizado como tajo.

Para celebrarlo, me hago una paja de lujo frente a las cinco Hustlers y la edición especial extendidas sobre el colchón. A la mierda las happy-hours de todos los pubs.

Miércoles 3 de marzo.

Londres está llena de respuestas para todo tipo de necesidades ambulatorias. Si tenés sueño, no faltan rincones donde echarte a dormir protegido. Hambre, en todo barrio hay un Free Food. Una sopa caliente, un revuelto de sobras no se le niega a nadie. Si estás fuera de caja, tenés centros de ayuda para cualquier variante de raye, no cierran nunca. Todo desocupado tiene su cheque semanal. Daría cualquier cosa por llegar a ese estatus. Este comunismo monárquico prevé todo. No te preguntan nada. Saben qué pudo pasarte para que estés en esas condiciones. Los que pasaron por ahí, lo sobrellevan con dignidad, incluso en su suciedad. Los que no, lo exorcizan ayudando a otros..

En los negocios de caridad, siempre encuentro las mismas sonrisas beneplácitas de las voluntarias predispuestas a que me lleve algo.

¿Puedo ayudarte?, suelen decirme.

Solo estoy mirando.

Tras varias idas y venidas entre los percheros, salgo sin comprarles nada.

Jueves 4.

Siempre llueve o es como si lloviera. A las 3 de la tarde todavía hay más luz adentro de cualquier lugar cerrado que en la calle. Afuera, a la hora que sea, los colores pueden pasar en pocos segundos de grises a oscuros. Cuando aclara, solo vuelven hasta un gris medio. Aquí el cielo no está disponible para nadie.

Ya no es la voz de mi familia preguntándome qué busco, no son solo mis ex compañeros de redacción, mis amigos de los bares del Bajo, mis novias cobijadoras, ocasionales y reincidentes, quienes quieren saber qué puta idea se me cruzó y está sacándome uno a uno de todos mis lugares de referencia, por qué dejé caer todos los afectos y no me importa nada.

Sí, tuve afectos, quise y me sentí querido, no se trata de eso. Ahora no puedo. A medida que camino, sus miradas hacia mí quedan como una estela. Es la mía, mi propia voz repitiéndome qué mierda querés la que reaparece en cualquier descuido y me confronta. Eso, qué querés.

Algo que me dé lugar. A qué. Para qué. A dónde..

No sabría decirlo.

¿Desencanto endógeno? ¿Fastidio del espíritu? El mismo agujero de pesadez me lleva a querer tomar otra cerveza, la tercera o cuarta de hoy. Ganas de decir bueno, basta.

Londres, dos libras y cuatro quarters, un manoseado pase para viajar válido hasta el próximo sábado, dos finitos bien cargados aprisionados en la libretita.

A Sebastian Pauls lo planta un cliente y le vengo bien para pasar la hora hueca. Quiere saber en qué ando. Es el único que se interesa por saber algo de mí.

Empiezo por hablarle los zines, no sabe qué son. Le explico: esas hojitas sueltas que hay en algún rincón de toda librería y disquería.

Entre los que recojo, dos le dedican párrafos a Gary. El editor de "Sniffing´ Glue" copia su estilo bajo el seudónimo, revelado, de Doggy Down. En los 6 últimos números de "London´s burning", hay una sección fija dedicada a la escena punk que se llama "Como lo diría Gary".

Leo para Sebastian Pauls lo que Gary publicó en "Soulshit" (Issue 6. Oct., 75). "El viejo patalea como un cordero contra sí mismo cuando algo quiere insinuarle que ese fluir

desembocaba en la locura. La locura de la conducta, la locura del descontrol, de que todo se escapa de las manos. Él se siente como un terrible mascarón de proa que recibe las olas abriéndole camino al pesado cuerpo propio."

Sigo leyendo:

"El viejo trata de espantar el fantasma de los grandes maestros espirituales que le revelaron increíbles faces del interior de su personaje. No quiere obedecerlos ni desobedecerlos, solo hacer un disparo único."

Ni ese escritor ni su hijo son tan importantes, dice Sebastian Pauls y tuerce la cara. Perdés el tiempo.

El viejo captó lo que busco en el mismo momento en que nos conocimos. Camino a lo de Gary, me tiró: Estamos condenados a convertir nuestras visiones en misión. La mía ahora es ésta.

Sebastian Pauls parece no estar de acuerdo.

Viernes 5.

Algo me cambia el escenario. Ya no me molesta vivir, o al menos dormir, en ese sucucho ocupado en medio de la mugre. A la pesada de Kate ya puedo decirle que no tengo ganas de verla y no se ofende, ya puedo dejar mis botellas del lado de afuera sin que me las roben. Hasta un paquistaní me permite usar su calentador eléctrico en la cocina. Recojo té en saquitos y sobres de azúcar de todo bar que entro.

Mis derivas convergen en un punto. Averiguar lo más posible sobre Gary. El primer lugar al que voy expresamente, después de pasar por lo de Sebastian Pauls, bañado y con ropa limpia, etc., es la redacción del New Musical Express, 23 Wardour St., un área entre hip y yuppie. Mi carnet de periodista profesional argentino impresiona a la recepcionista y me autoriza a subir al archivo.

Al salir del ascensor, aprovecho la silueta de un hombrecito en una puerta blanca y cago en un inodoro como dios manda, uso todo el papel que necesito. Hace mucho que un espejo no me devuelve una imagen tan prolija de mí.

Muchacha demasiado producida para el desorden reinante me pregunta qué busco. Artículos escritos por Gary XXX o sobre él. Antes de pronunciar su verdadero apellido, ella ya está de mi lado del mostrador y guiándome por un laberinto de estanterías colmadas de sobres papel madera. Se sube a un

banquito, le veo las gambas, saca uno, lo abre y sacude hacia abajo.

Nada sobre ese Gary. Lo lamento.

Si hay sobre, hubo algo.

Desde luego.

Sospecho que no quiere contarme algo que conoce. Se lo hago notar. Lo acepta. Revisa un cuaderno. Sus ojos se mueven hacia ambos lados y como quien hace una infidencia me susurra Veré si puedo recuperarlos.

Conozco este tipo de situaciones. Algo quieren a cambio. Solo hay que prometerlo. Sostengo la mirada sobre su ojo izquierdo hasta que parpadea.

Al costado del mostrador hay un talonario de invitaciones. Ella no registra que tomo una. O sí y no se molesta. Salgo a Wardour St. con la sensación de haber recogido otro papelito en mi búsqueda del tesoro.

En la calle lo leo con cuidado. Es una invitación para la semana próxima. Cocktail pre show. En el Randhom House. Válida para una persona. Ese día y los siguientes el frío no me despierta de noche. No me importa que no me llegue la carta. Mis vecinos me resultan, si no interesantes, menos distantes. No peregrino a Islington, olvido al viejo. Pierdo las direcciones de otras publicaciones que me da la chica del NME. La segunda noche me quedo dormido con la lamparita bajo las mantas y al cambiar de postura la aplasto, duermo sobre astillas de vidrio. Al día siguiente se me cae un pedazo de muela. Le pierdo la pista a unas anotaciones que vengo haciendo. Me constipo. El tráiler de café no levanta más sus laterales. Excepto una caminata por Chalk Farm Rd., no incursiono en ningún otro barrio. Ni siquiera hojeo las Hustler. No me hacen falta: guardo la invitación en un sobre entre mi pelvis y el calzoncillo.

Viernes 12.

Al entrar escucho voces que hablan fuerte. Las risotadas provienen del fondo. Por lo general evito ir hacia la cocina cuando hay gente.

Vení, vos también estás invitado. Un tipo que nunca vi, de aspecto misterioso, me hace señas desde la penumbra. Dudo.

Fiesta de viernes, hombre, acércate, me grita.

Sobre la mesa, botellas abiertas y sin abrir, una pila de platos y vasos de diferentes juegos. La olla grande sobre la única hornalla que funciona desprende vapores vacunos. Carne, ¡cuántas ganas tengo de hincarte los dientes!

Nadie me pone mala cara, por el contrario, se arriman, se quieren hacer amigos. Cuando acerco a la boca el primer trago de vino, uno levanta su vaso y los demás se suman al brindis, todos me sonríen.

Ninguna de las charlas pasa de comentarios ocasionales. Y de cuánto crece el costo de vivir. Como todo recién llegado a cualquier parte, espero que alguien me pregunte algo. Nadie lo hace, tampoco yo trato de averiguar nada. Escucho. Miro. Imagino. Solo pongo cara de estar a gusto.

Lo que más me desconcierta es que al rato, al agradecerle a la mujer que preparó el guiso y a su pareja por haberme invitado, responden:

Nosotros somos los agradecidos.

Chocamos los nudillos en el aire. Hacemos como que nos miramos a los ojos. Y desentendemos.

Al irme me parece escuchar que ella le dice: Es un buen muchacho, Pete.

Debo haber bebido bastante, a toda la situación en la cocina y a cada uno puedo encontrarle algo de atractivo. Hasta el hecho de volver al cuarto con dos botellas vacías me parece normal.

Por el pasillo, al pasar frente a un cuarto sin puerta, veo cómo una mujer frota un algodón sobre los pies lacerados de otra mujer. La hinchazón y los moretones se extienden más allá de los tobillos. En otro cuarto pelean a gritos. Alguien vomitó en la escalera.

Se me cruza un comentario. Si esto es lo que queda de la beautiful people, cómo serán los restos de la nueva... Lo dejo pasar.

Llego a mi cuarto sin fuerzas para seguir sacando vidriecitos del colchón. Trabo la puerta y me tiro con la ropa que usé todo el día, ni los zapatos me saco, y tapo hasta arriba de las orejas.

Sé que estás ahí, no juegues al ratón conmigo. La voz áspera de Kate recorre la oscuridad. Abrime. Lo que menos ganas tengo es de tener que metérsela otra vez, simulo roncar. No me hagas romper la puerta, me amenaza, su voz quiere sonar caritativa. Cuando está frente a mí le pido

por favor déjame seguir durmiendo. Tengo algo que decirte. Decímelo y por favor ándate. Quiero que me la pongas otra vez. No, no te acuestes que hay vidrios, digo barajándola en el aire antes de que su masa corporal aterrice sobre el colchón. Mi pelvis esquivaba su mano. Poco a poco, de a empujoncitos, logro arrearla hacia su puerta.

Vuelvo y duermo profundamente, me dura el efecto de lo que tomé. De madrugada abro los ojos de golpe y doy un salto. En la oscuridad, al tanteo, levanto el colchón. Necesito constatar si los billetes que escondí bajo los tablones del piso siguen ahí.

No. Tampoco bajo ninguno de los que pueden levantarse.

Me cierra lo de la fiesta. Lo entiendo de inmediato.

Sábado 13.

A la mañana mi cuerpo se resiste a levantarse. Por suerte estoy vestido. No hay nadie en el pasillo ni en la escalera. El tráiler salvador no está más. Ningún auto llega a cargar nafta. La nieve es una masa compacta. Sopla viento helado. Ni siquiera en la estación de trenes hay mucha gente. En el autoservicio el vaso de café cuesta el doble que en el tráiler. Al palparme el bolsillo del gamulán percibo que no traje mi libreta. Mal día para salir temprano.

Otra vez rumbo a Islington. Entro en varios yards, busco al viejo. Reproduzco el camino que hice con él para llegar a lo de Gary. No encuentro ningún edificio siquiera parecido, solo las casitas típicas.

A la tarde recojo de la vereda unos impresos que parecen fanzines. Son apuntes de un curso de marketing. Le compro seis mandarinas a una negra jamaicana que las tiene en una canasta, 12 centavos. En el pasacasete tiene puesta una música pegadiza que nunca escuché. Las voy pelando y como dejándome llevar por los pasos. Frente a la enorme vidriera de un Selfridges me doy cuenta de que estoy haciendo el camino inverso y cada vez hay menos luz, las pocas personas que veo caminan apuradas por volver a sus casas como si hubieran anunciado un temporal. Londres al borde de un desastre y yo pensando en la estética que crea la arrogante forma de escribir de Gary y eso que Dick Cohn describe como "El naciente ethos punk".

Por más que trate de no sentirlo, el cuerpo me pesa. Cada vez que me detengo me cuesta retomar la marcha. Lo atribuyo a todo lo que comí anoche, mi cuerpo se desacostumbró a recibir tanta cantidad al mismo tiempo. Quizás me convenga comer algo caliente. Espero poder agenciarme de otra lámpara, hay varios diaritos que quiero releer con atención.

Los puestos callejeros frente a King's Cross, los de diarios y los de información para turistas también están cerrados. El único negocio a toda prueba es un mostrador de fish'n chips que da a la calle. Solo pensar en la fritanga me cierra el estómago. Vuelvo al squat confiado en encontrar en la olla restos de la fiesta pagada con mis billetes.

Al intentar entrar a mi cuarto, veo que el candado fue reemplazado por otro de llave. Me fijo bien, es la anteúltima puerta del pasillo de la izquierda. Tironeo del nuevo candado. Quizás salten los ganchos. Trabo los pies en la pared de enfrente y me inclino sobre la puerta para hacer toda la fuerza posible que me permita el cuerpo. Recuerdo palabras de mi viejo diciendo en los momentos necesarios el cuerpo saca fuerzas que ignora tener. Soy un carnero empujando frente a una puerta que no cede un puto milímetro. Pruebo al revés, apoyarme contra la pared y clavar los pies en la puerta, quizás al menos pueda hacer un agujero en las placas de madera. Tampoco.

Perdí. Lo más británico que puedo hacer es irme silbando bajito.

Si hay otras malas, me digo por la calle, que vengan todas juntas y un día salga el sol.

El conserje del Seven Dials no está. Es su noche off. En su reemplazo, Anna, la polaca morruda que un par de veces me ve entrar o salir, me reconoce no bien me tiene delante. Le pregunto por el cuarto del segundo piso. Desafortunadamente, hay otro pasajero. Le cuento mi situación. No sé que veo en ella, me inspira a hablarle sin rodeos.

Entiendo, pero no tenemos ninguna habitación disponible.

¿Puedo quedarme donde sirven el desayuno? Es por una sola noche, bueno en verdad dos, el lunes...

No way, dice. No recordaba esa expresión. Nos quedamos sin hablar, mirándonos. Ella espera que yo desista, yo que ella encuentre alguna solución. Al cabo de casi un minuto dice por favor, dame unos minutos. Levanta el teléfono, pienso que le pedirá autorización al otro conserje. Habla en polaco,

ignoro con quién y qué puede estar diciendo. Hace un segundo llamado, un tercero, un cuarto. Finalmente revolea por el aire el lápiz con que ha estado dibujando muñequitas mientras hablaba y me dedica una sonrisa.

Hay un cuarto disponible en la casa de una familia polaca que vive en East Finchley. Están acostumbradas a recibir inmigrantes.

Al escuchar la palabra advierto que ésa es mi condición real.

No es muy lejos de aquí, dice al darme la dirección.

Otro día nos contarás, dice el hombre que me recibe y lleva hasta un coqueto saloncito, primer piso sobre la calle, mesita contra la ventana, placar con puerta de espejo, mantelitos bordados sobre toda superficie plana.

No te imaginas la cantidad de extranjeros que pasaron por aquí. Su mujer asiente con la cabeza.

El lunes les traeré un adelanto.

No te preocupes por eso. Habrá tiempo, agrega el hombre. Descansa. Tomá una ducha caliente y dormí. Si quieres ver televisión, estamos en la sala.

El mismo vacío que se me produce cuando me pregunto qué mierdas hago aquí, etc. reaparece apenas cierran la puerta y quedo solo. En el aire hay aroma a spray de frutas silvestres. De tanto en tanto escucho que arranca una sierra en una casa vecina.

Al rato, cuando bajo, están viendo un programa de acertijos. Me invitan a sentarme con ellos.

Solo quería pedirles unas hojas y una lapicera, les digo.

Me alcanzan unas hojas impresas de un lado. Se trata de manifiestos contra el régimen comunista de Polonia.

Lunes 15.

Hace dos días que no salgo del cuarto. Miro por la ventana como si fuera la primera vez que miro por una ventana.

Martes 16.

Sebastian Pauls me recibe con frialdad. Quizás se haya enterado del sobre que me apropié. O que piensa que está

ayudando a alguien que pertenece a una causa enemiga. Lo que fuera, la carta que espero tampoco hoy está, ni hay ninguna otra para mí. Por un momento se me cruza decirle que vine a llevarme mi mochila. Desisto antes de sacar el tema. Prefiero no hacerlo todavía, no quiero quebrar el vínculo. Sin conocerme me ofreció ayuda.

¿Seguís envuelto con esos personajes que me contaste la última vez?

Cada vez más, le respondo. No le cuento las escenas que presencié en el departamento de Gary, lo que me hizo Pete ni la venganza de Kate. Le refiero muy sucintamente el gesto de la chica del Seven Dials y del matrimonio polaco que me hospeda.

A medida que hablo, la tensión de su rostro se afloja. Por momentos sospecho que sabe algo de mí que ni yo mismo sé.

Hay algo que no llego a comprender de los ingleses, le digo. Al principio te parece que son de hielo y que no les importa un soto nada de lo que hagas. Te ignoran pero al mismo tiempo te observan. Y cuando menos lo esperás, colaboran.

Que te vaya bien a vos aquí es parte de su negocio: así seguimos siendo el centro del mundo.

Miércoles 17.

Entre los objetos personales y papeles que quedaron atrapados o desaparecieron en el squat de Collier St, está la invitación al vernissage. Pese a que la mantuve varios días pegada a la piel, se me confunde la fecha. No me perdonaría que se me hubiera pasado. El domingo a la tarde y ayer, fui dos veces a Islington e intenté dar con el edificio donde viven Gary y Viv, no entré en ningún yard porque, supuse, que Gerry no dormiría siestas en bancos de plaza. Otras, muy otras, son las tensiones nocturnas que se desatan en su hogar cuando los hijos menores, cada uno con su respectiva droga en sangre, y él mismo, intentan convencer a la madre de que el camino elegido no tiene doble mano. La mujer finalmente termina tirándole lo que tenga al alcance y el viejo, más por protegerse que por orgullo, se iba a dormir a cualquier parte. Hasta me gusta, me confió.

La única posibilidad de saber cuándo es la fecha del vernissage y conseguir otro ticket es volver al NME y pedirselo a la chica del cuarto piso. La calle Wardour es fácil de encontrar en el laberinto del Soho.

Se acabaron los tickets, me dice la recepcionista de planta baja. Dejame al menos subir y hablar con la chica del archivo. ¿Quién sos? El periodista latinoamericano. Subí, pero no te detengas en otros pisos, están cerrando y no quieren que nadie los interrumpa. Conozco, digo.

Wendy, leo su nombre en un triángulo apoyado sobre el escritorio, me reconoce y reitera que no sobró ningún pase. Le relato mi historia hasta lo del cambio de candado. Y lo importante que sería para mí ir a ese evento. No puedo hacer nada. Cualquier cronista de aquí en mi lugar insistiría tanto o más que yo. No puedo hacer nada, te lo repito. ¿De qué sello es ella? Arista. Perfecto, haceme una carta para Arista. ¿Firmada por mí? Claro.

Recapacita unos segundos, saca un bloc de hojas con el logo de NME y escribe, de puño y letra: Este freak perdió el ticket que le di y no puedo quitármelo de encima. ¿Podrán hacer algo por él? Thanks.

Quince minutos después ya he ido hasta Oxford St. y buscado la cortada donde están las oficinas de Arista, presentado mi carta de recomendación y obtenido otro ticket con un VIP calado en el ángulo superior izquierdo.

Jueves 18.

Faltan 3 horas y 20 minutos. Recién cuando voy en dirección a Tottenham Court Road y me veo reflejado en una vidriera tomo clara conciencia de que a este harapiiento no lo dejarán pasar ni el primer control. Y que si lo logra, adentro, le darán la espalda hasta los personajes más rechazados.

Vasha, la mujer del polaco, me presta una campera, estilo aviador 2da. guerra mundial. Tomé la usaba cuando teníamos la Jawa 350 que nos había regalado un disidente checo. ¿...y que también durmió en mi cama? Sí, dice y se le ilumina el rostro. No sé si mejora el aspecto de mis jeans, pero la aviadora me cambia el look y mejora el ánimo no bien me la pruebo. Vasha se planta frente a mí, me observa, introduce

los dedos en mi pelo y trata de inflarlo. Mucho mejor así, comenta.

Estoy por subir al 142 N cuando descubro que el ticket quedó en el bolsillo del gamulán. Vuelvo y me topo con Tomislaw. Reconoce su campera. Creo que me va a hacer un reclamo, comentario al menos, en cambio apoya su mano sobre mi hombro derecho y dice Hace mucho que la campera espera que alguien vuelva a llevarla a un concierto, Buena suerte, hijo. Al acercarse para abrazarme, percibo un fuerte olor a bebida blanca alrededor de su cabeza. Un vaho tan penetrante que me obliga a apartarme.

¿No querés un shnaps antes de partir?, pregunta haciéndome oler una petaca.

El primer trago va directamente a la garganta y sigue de largo. El siguiente permanece en mi boca unos segundos y deja un leve sabor a cáscara de naranja amarga.

La vida toda es mucho más clara después, no es cierto? Carajo, sí lo es.

Al subir al ómnibus lo primero que veo es un banner blanco y negro con Patti Smith, rostro pálido, traje de hombre, camisa blanca y saco colgado al hombro. Su expresión parece decir vos pensabas que esto se había acabado, recién comienza... Me acerco tanto a la imagen que hasta le descubro la pelusa del bigote sin afeitar. Mientras buscaba información sobre Gary, también leí mucho sobre ella. Es tan parecida y tan distinta de él, tan diferente su estilo de escribir y ser y cantar y, al mismo tiempo, tan ligado a su pulsión visceral que aunque quiera evitarlo, sus figuras se me contraponen.

Al llegar a Chalk Farm ya percibo su influjo en los chicos y chicas que caminan imantados hacia el Round House. Visten ropas negras intervenidas, caras y crestas pintarrajeadas, cortes de pelo mohicanos. Bajo su fiereza, todos irradian un destello de alegría.

Los que tenemos invitación no necesitamos agolparnos frente a las portones, ni ponernos al final de la fila de tres cuadras. Avanzamos a su lado como si fuéramos de otra categoría: después hablaremos o escribiremos sobre lo que ocurrió aquí y eso multiplicará el coeficiente de expectativas sobre el producto, lo sabemos.

Verme otra vez miembro del club de prensa eclipsa la efervescencia que me provoca, siendo un nadie de ninguna parte, estar entre los invitados especiales a la festichola.

Estoy sumido en este tipo de disquisiciones anti colaboracionistas cuando escucho la sonrisa estertórea de Viv detrás de mí. Verme no la sorprende. Aplasta las tetas contra mi pecho.

Ya con muñequeras vip, ella, dos chicas que la acompañan y yo pugnamos por acercarnos a la barra y retirar nuestra cajita feliz: dos cervezas, sobres con maníes y el número para el sorteo de casetes. Nadamos entre los cuerpos de otros que también quieren llegar, les sentimos sus formas, nos refregamos sin pudor, olemos sus chivos, descubrimos las fisuras de sus maquillajes, las raíces de los pelos que las tinturas no llegaron a colorar.

Viv va tomada de la mano de otra muchacha bastante menos exuberante. Se le parece pero en versión muchachito desaliñado.

Esta es mi hermana Laure, tendrías que conocerla más, me grita al oído cuando la avalancha la aplasta otra vez contra mí y ella trata de recibir la cajita que le pasa una flaquita, extremadamente volátil, pelo rapado y aire de estar en cualquier parte menos ahí.

A veces ella es mi novia, otras mi cuñada.

Megham parpadea.

¿Y tu hombre?, le pregunto a Viv.

Gary no estaba en condiciones de venir.

Imagino.

Volvé a visitarlo. El pedido viene con un apretón fuerte en la entrepierna.

¿Esta noche tal vez?

Encontrémonos en el último tren, el de las 23.30.

No tengo palabras, todavía, para describir lo que vivo en cada una de sus canciones. Ni en los climas que se producen entre una y otra. Esto es Eso.

Al terminar, a los vips nos arrea a una sala debajo del escenario donde todavía se ven los hierros y mecanismos que hacían girar las locomotoras. Todos parecen ser amigos de todos y se abrazan al reencontrarse. Un tipo, tras mirarme a los ojos unos tres segundos, se acerca con los brazos abiertos y de repente frena.

Nadie me detiene en el trayecto a las mesas. Canapés de todo tipo, frutas secas, cuadraditos de pizzas de muchos gustos, todo en abundancia, lo mismo las bebidas. Canilla libre de todas. Las botellas de whisky vuelan al tacho de basura apenas las abren. Cuando una fuente se vacía inmediatamente traen otra y la ponen en su lugar.

Patti es devorada por grupito cerrado. La chica de la oficina de prensa que me dio la entrada anda con una planilla ofreciendo turnos para entrevistarla mañana.

Los bolsillos de la campera de Tomy no alcanzan para todas las provisiones que me llevo. Las guardo en cajitas de las que nos repartieron al entrar. A nadie le importa lo que hago.

Tampoco nadie abandona el Round House antes de la medianoche. La estación del underground está cerrada con puertas ascensor. Debo elegir: me gasto las anteúltimas dos libras que me quedan o camino unas 40 cuadras aprox. Las hago sin chillar. Estoy volviendo de un banquete de pordioseros, me repito.

Viernes 19.

El Old Compton es el sótano de un teatrillo reacondicionado como pub. A las tres de la tarde, cuando bajo, y pregunto por la tal Pam Keen nadie la conoce, pero Shirley, otra mujerota me hace pasar a un sucucho cerca de los baños. Adopto el nombre Chico, el destinatario de la carta, y me invento antecedentes con tanta naturalidad que no corrobora. Ella y todos ahí comienzan a llamarme Míster Chico sin que se les mueva un músculo de la cara. No comprendo del todo qué quieren decirme con el agregado de míster. Ni con su trato excesivamente respetuoso. Lo vivo como un delicado sarcasmo para humillar a los extranjeros. Shirley da por sentado que no tengo papeles. Al primer desliz de mi parte puede decirme que no vuelvas más. Me ofrece un trabajo de ayudante de cocina, lo que significa ser el que lava platos y limpia lo que le pidan.

La paga es la quinta parte de lo que ofrecen los avisos de trabajo que aparecen en los work centers. Tómalo o déjalo. ¿Cuándo empiezo? Ahora, dice y aparta unas cajas para que pueda acercarme a una piletta. En la mesada esperan pilas de

platos sucios. Y fuentes y dos ollas a las que ni siquiera le sacaron los restos de comida. Copas, por todos lados.

Cuando termines pasa la aspiradora entre las mesas y acomoda las sillas. En una hora tiene que estar todo como si aquí no hubiera pasado nada.

Cualquier cosa aquí es mejor que haberme quedado allá. Cada tanto dejo de mover las manos y me quedo mirando cómo sale el agua de la canilla. ¿Cómo pude haber caído tan bajo. ¿Para esto mis viejos me enviaron al Nacional Buenos Aires y a la Cultural Inglesa? Canto boleros de Lucho Gatica, el himno, la marcha peronista, todas las canciones de Moris. A todo el que pasa cerca le muestro mi felicidad. Al guardar la aspiradora en el placar y disponerme a beber una copa de agua sentado en un taburete, veo que Shirley se me acerca hecha una furia.

¿Míster Chico espera que yo saque la basura a la calle?

Míster Chico te metería el puño cerrado en el orto, mascullo con una sonrisa mientras cargo cuatro bolsas, dos en cada mano. Al cruzar la bocacalle en dirección al tacho, un taxi que viene por la izquierda frena de golpe y el chofer me insulta a través del vidrio. Solo falta que pase algún argentino y con la punta de su bota rompa una de las bolsas.

Al volver a entrar al Old Compton, Shirley me dice que debo frotar los platos por arriba y por debajo y que las copas deben relucir. Con un repasador me muestra cómo se hace para que no quede ninguna marquita en el interior y me pone una a contraluz para que la vea. Al menos, no me corresponde limpiar los baños, me digo.

Terry te irá diciendo qué hacer, dice señalando a un cincuentón, jopo engominado, pantalón negro, camisa blanca y una luz verde tintineante en el brazaletes. A su lado, en la barra, veo un jarro de cerveza lleno de libras y monedas. Cuando ella desaparece el barman, como si tuviera un cuchillo entre los dientes, me pregunta: ¿Te interesa mantener este trabajo? En principio sí. Dos puntos, dice en tono advertencia, y extiende tres dedos: Agrádecele a Shirley la oportunidad que te da. Cabeceo. No te involucres con nada de lo que ocurre de la barra para ese lado. Muevo la cabeza hacia los costados. Antes de bajar el tercer dedo, remata: Tú me importas un carajo, míster Chico.

Sábado 20.

Acuerdo un alquiler simbólico con mis benefactores polacos, incluye usar la cocina, compartir el baño y sentarme en la sala a ver televisión. Mientras Vasha me explica cómo ahorrar agua caliente al ducharme, me informa que ese dinero no es para ellos. La guardamos para cuando otro necesite ayuda. Y que en principio puedo quedarme hasta después del verano. Antes de irse, Tomi me dice que la campera quiere que yo la siga usando. Y señala un bolsillo interno para la petaca. Es la primera mañana desde que llegué en que no siento el tirón de salir a la calle.

Lo que veo en el noticiero me parece una crónica anunciada. El locutor dice que una junta militar se vio obligada a tomar el poder en Argentina y que la presidenta, o ex, está presa. Uno de tres uniformados, el de bigote cepillo, habla ante el micrófono como si arengara a un paístopa, los otros dos mantienen la vista fija en la cámara. El material está editado con imágenes de violencia callejera, atentados, gente que simula no haberse dado cuenta de nada y un mapa de América del Sur.

¿Qué querías? ¿Que me quedara en Argentina? No sé a quién le hablo por el camino al Old Compton. Para los compañeros del diario yo era un traidor a la causa, no quería participar de ninguna organización. Su lógica amigo-enemigo no admitía una tercera postura. Ni que cuestionase su metodología. Estaba en contra de matar. Para los servicios, yo podía ser considerado un colaborador encubierto, pertenecer a una célula dormida, o ser un contacto alternativo. No asistía a ninguna reunión política, pero estaba lo suficientemente enterado de lo que ocurría en la clandestinidad. Varios cumpas me habían pedido que en caso de avisara a tal otro. No puedo revelar los nombres y teléfonos.. Todavía los repito cada dos o tres horas para no olvidarlos.

Conocía la 15ª, la 31ª, la 1ª. Y la 17ª. Mi pelo largo llamaba demasiado la atención y autorizaba a cualquier policía a querer saber quién era yo. Mis antecedentes siempre volvían del Departamento Central lo mismo: equis entradas por averiguación de antecedentes. En cualquier descuido, la sospecha podía convertirme en víctima de cualquier edicto. Durante los últimos meses, de los bares, recitales o la calle, me llevaban porque ya les resultaba una cara

conocida. Fuera de camisa y corbata, peinado a la gomina, con un portafolios en la mano, caminase derechito. Nunca me encontraron nada, ni gotas para los ojos.

Para los rockeros y reventados yo también era un tipo de otro palo. Alguien en quien no se podía confiar. De careta a batidor hay un solo apriete. Sumado a un problema de clase: yo podía fumarme todo, pero siempre tenía un lugar a donde volver. Ninguno de ellos me escuchaba cuando le contaba que cada día se me cerraba otra puerta. La gota que rebasa mi tolerancia ocurre el 6 de junio de 1975, cuando Isabelita lee por cadena nacional famosa la Desiderata inscripta en una tumba de la Iglesia de S. Pablo de Baltimore en 1692: "Camina plácido entre el ruido y la prisa, y piensa en la paz que se puede encontrar en el silencio", bla, bla.

Aquí no tengo testigos de mi pasado.

Lunes 22.

Vendo mi franco semanal a un chico italiano que atiende las mesas y me echó el ojo. Me dura el envi6n del fin de semana. Mañana pasaré por lo de Sebastian Pauls, la carta ya debe haber llegado, después veré si encuentro al viejo en alg6n banco de Islington.

Tu lugar es el washingup, me ordena Terry cuando me ve merodear a su alrededor. Además no tenés ropa adecuada para estar con los clientes.

Entre el plato 107 y el 108, las manos bajo la espuma del detergente, tengo un flash: ubicar a Gary por teléfono. Alguien en el NME debe tener su número. No querrán dármele. Puedo pedir que lo llamen y den el de los polacos. Wendy, claro, ella podría hacerlo.

Un Grant rosado se disimula fácil en el bolsillo secreto de la campera. El resto de la jornada pienso cómo hacer para apropiarme una de las botellas que están en la heladera bajo el mostrador. También podría romper una caja del depósito y reemplazar una llena con otra vacía. Descarto la idea.

A las 11 de la noche, antes de cerrar, ya con la campera puesta, saco una de las cinco libras que me dio el italiano y le pido a Terry que me venda una botella.

Rechaza mi dinero. Es obvio: no lo hace por mera generosidad sino como parte de su estrategia para conservar poder sobre mí.

Jueves 25.

Voy a retirar la mochila a lo de Sebastian Pauls. Me había olvidado la cantidad de porquerías que traje.

Podría tirar la mitad, le comento, y olvidarme del personaje que usaba todo esto.

Llévate al menos la máquina de escribir, me responde.

No paso por el NME. Desde que voy todos los días al Old Compton, mi interés por Gary decae. Y hoy, que llego temprano al Soho, olvido el vino para Wendy. Doy vueltas por el mercado y los callecitas contiguas. El precio de una botella en cualquier vinería equivale a dos días de lavar platos.

Entre los bares y negocios de ropa hay por lo menos cuatro locales que se dedican exclusivamente a vender diarios y revistas de todo el mundo, incluso únder y de grupúsculos políticos. De Argentina solo llegan Clarín y Nación de dos días antes. Al mediodía, ya desaparecieron, otros diarios en español no dicen más que la BBC. Queda una Opinión de la semana pasada: no puedo creer que se haya vuelto tan cómplice. Debo estar soñando, pienso mientras la hojeo.

Todos los clientes revisan y leen antes de comprar. Con pasar por la caja y abonar algo alcanza. Antes de irme veo que uno de los empleados sale con varios paquetes y los abandona pocos metros más allá de la puerta.

Lo que no se vende se tira, me explica el cajero, un hombre que parece que no pero ve todo y me saluda como si fuera un habitué. Le pago 25 centavos por el número doble del IT!.

Es el último número. El International Times cierra, dice.

La única revista interesante en los paquetes es una Creem, bastante manoseada, de enero. La abro al azar y debajo de la foto de un tipo de espaldas, el epígrafe dice Se conoce solo una foto de Gary XXX -¡Esta!.

Puede ser cualquiera, pero el hecho es que también la biblia el rock norteamericano habla de él.

En el It! también doy con una reseña de un casete grabado por Rat Scabies y otro llamado Captain Sensible. El cronista

cita entre comillas palabras que Gary XXX ha escrito o habría o dicho al escucharlos.

Viernes 26.

Persistencia, me digo, persistencia horada la nada. El detergente cuarteo las yemas de mis dedos, it's fine. Llego y la mesada desborda de cosas para lavar, it's fine. Me dan órdenes a los gritos, it's fine. Soy una máquina esquizo rebatible de frotar platos y copas y repetir it's fine.

Adentro del pub siempre es de noche, si aprendes a vivir en lo difuso las luces tenues producen una sensación de atemporalidad símil flípeo.

Algunas copas llegan a la cocina con fonditos de vino, lo juntamos por color. Terry almacena las jarras en la heladera. Cuando algún cliente pide una segunda o tercera copa la sirve de ahí y lo cobrado va directo al porrón de las propinas. Es algo establecido. A las 11.30, antes de cerrar, lo da vuelta sobre el mostrador. La primer semana no me tiene en cuenta. Ahora todas las noches me da varias libras.

No habla pero se fija.

Sacá la mano de ahí, tanito.

Mi único intercambio con Shirley es cuando reparte las pagas los viernes a la noche. No sé para qué colecciono los sobrecitos con el nombre de Chico.

Todavía nadie se interesó en saber algo más de mi vida.

Lunes 29.

En la planta baja del NME ya me dejan pasar directamente al ascensor. Es mi preferido, dice Wendy al guardar el Grant que le paso por el costado del mostrador. Pero debo decirte algo: el sobre de Mr. XXX sigue vacío.

Algún editor puede saber cómo ubicarlo, necesito que le pidas que lo llame por teléfono y le transmita esto.

Wendy lee la tarjeta que llevé escrita. Me pregunta quién es el viejo.

Gary sabe, digo.

Se desplaza hacia este lado del mostrador y por debajo me da un rollo de diarios que tiene preparados.

Nos quedamos hablando y me cuenta que todos sus compañeros, casi todos se corrige, comentaron la fiesta en el Round House. ¿Por qué no me dijiste que iba a estar tan buena?

Sus mohines, la tersura de su piel, la prolijidad de sus rasgos más allá del poco maquillaje, la melena recortada tan pareja, los ojos tan limpios, movimientos tan controlados... todo le da un aspecto de muñequita caprichosa. Chica just-for-fun, que quiere estar en el centro de la acción pero después me vuelvo a casita y miro las fotos de la revista Home Living y sueño con algún sobrino azul de la Reina. Mi calaña arruinaría tus sueños de princesa, me digo mientras la dejo hablar. Wendy me recuerda a una azucarera que había en casa de mi abuela. Igualmente, si me gusta, no debería preocuparme de que se haga mierda. Sí, en cinco semanas yo podría llegar a matarla.

Domingo 4 de abril.

Final entre el Manchester y el Newcastle United en Wembley. Nadie entra, el Old Clampton no tiene televisor. Leo los viejos NME que me pasó Wendy. Habían quedado detrás del perchero, al sacar el gamulán pueden haberse caído del bolso, después me olvidé de ellos. ¿Dejó de importarme Gary? Entre que hago algunas provisiones para compensar lo que tomo de la heladera de los polacos, y que me quedo observando objeto por objeto todo lo que hay en el mercado que está detrás de Camden Town, se me hace que yo también estoy de fin de semana y no tengo ninguna obligación.

Recojo todo periódico únder que encuentro en Compendium. Ya no necesito revolver las cajas. Cada vez que entra uno nuevo, el cajero me avisa. Los leo de punta a punta, hasta los avisos clasificados.

Gary colabora con varios y escribe sobre los más variados personajes y situaciones que desconozco y solo puedo entender como escenas de una película que me perdí y que sigue ocurriendo no muy lejos de mí. Frente a un garaje por el que pasa cuando va al dentista en Finsbury Park y sin saber quiénes están adentro dándole a los fierros, Gary entiende que ésa es la música que vendrá a reemplazar la previsible que cualquiera puede grabar con un buen equipo. Describe lo

que escucha desde la vereda como si estuviera en un gig. (El terrorismo que viene).

En otra columna del Bastards (Basta de servilismo), la chaqueta que usan los camareros de los barcos del Royal Navy para servir martinis a los oficiales en cubierta, de la que hay cientos a una libra con cincuenta en el Military Surplus de Warren St., le da pie para explayarse sobre la necesidad de llevar esa ropa a otro tipo de escenas como forma de limpiar —y redimir— la energía que le impregnaron los marines.

Lo que le pasó una tarde que se confundió el bol de carne picada con el de comida para el gato que Viv había dejado en la heladera (Nunca el pudin me salió tan rico) muestra cómo los pensamientos de un heroinómano se deshilachan a medida que intenta hacer o decir algo concreto.

Lo mismo ocurre con lo que le dice (Carta de amor) a un moscardón que quedó atrapado entre el vidrio y la cortina. "Que puedas ser yo en otra escala y al mismo tiempo aplastarte hace más frágil mi mirarte". No cualquiera, ¿eh?

Más lo leo, y releo, más me parece que está presagiando la descomposición de un orden, anodino, que se fue de madre.

No puedo decir si el efecto que instaura en mi percepción es nefasto o revelador. Si yo lo sigo a él o su voz me persigue a mí. Pienso tanto en sus disquisiciones que no distingo entre lo que dijo, puede haber dicho o lo que yo imagino a partir de ellos. Uno a uno disecciono su divagues. Lo considero pionero en una prosa del rock que zapa a la par de los motivos que la detonan. No escribe sobre lo que escucha, percibe, o pasa en los ambientes sino sobre lo que escucha, percibe y le pasa "a él" en esos ambientes. Durante. Y ante cualquier muestra. Importante o intrascendente. Tenga que ver o no con los submundos posibles de esas realidades. Y todo le vale para ser agregado después de la última palabra.

Solo menciona una vez, por lo general en la cuarta o quinta oración, al tipo, el nombre de la canción o el lugar, el resto es visceralidad pura.

Su misma "escritura azarosa", así la define Dick Cohn, me lleva a descubrir al azar un aviso del Rats que ofrece el primer trago gratis a quienes presenten el cupón. Cualquier lunes, antes de las 18.

Los atardeceres de los domingos son los momentos más tristes. Todavía no terminó el fin de semana, todavía no es

hora de meterme en la cama para esperar el lunes, pero su amenaza vuelve a rondarme como cuando tenía un empleo fijo en Buenos Aires.

Cuando vuelvo del pub, Vasha, Tomi y dos matrimonios polacos ya circularon varias rondas de schnaps. Por más que les digo que trabajé todo el día (mentira, pasé las horas haciendo como que limpio el salón y leyendo), insisten en que me sienten con ellos.

Jarek se enteró de algo que puede interesarte, me dice Vasha y miro a un señor alto, rubio y de bigotes teñidos que no para de retorcer con los dedos.

Los demonios internacionales se han apoderado de tu país, mi muchacho. No te imaginas los niveles de violencia que aplicarán. Tienen órdenes precisas para matar a todo el que no adhiera a sus ideas. Tus compañeros se han pasado de la raya. Movete con cuidado, seguro que te siguen las pisadas.

¿Qué no debo hacer por ejemplo?

Ir a estudiar inglés a ningún centro de exiliados. Mantener contacto con tus compatriotas. Poner tu dirección real en las cartas. Te pasaré un instructivo, mi muchacho.

No soy tan importante para ellos.

No importa. Igual podés servirles para amedrentar a otros.

Los seis evitan mirarme.

Jarek estira hacia abajo los bigotes y agrega: Olvidaba lo más importante. No dejes que la conciencia te abrumere.

Jarek está muy vinculado con Solidarity International, me confía Vasha cuando todos se van y la cruzo en la cocina. Dejó dicho que conoce a alguien de tu país y puede conseguirte la información que necesites. Ah, también llamó una mujer preguntando por vos.

¿Dejó algún teléfono?

No. Solo dijo que te volverá a llamar.

Debajo de la ventana, sobre el mantel floreado de la mesita, mi pequeña Olivetti descolorida parece la hijastra pobre.

Lunes 5.

En toda persona mi vista busca a Alex o a Viv o a Laure. Ocho monedas de 20 centavos se me van en intentos de comunicarme con Jeremy. En el número que figura en la guía me atiende un

señor muy atento. Solo quiere estirar la charla, en concreto no responde ninguna de mis preguntas. Otro que está demasiado solo, pienso.

Pese al viento, un rayo de sol logra colarse entre dos edificios. Me recuesto sobre un árbol pelado y disfruto la tibieza.

Releo textos que fui recortando de Gary. Puede ser una forma de convocarlo, me digo. Cada tanto levanto la vista y vuelvo a querer encontrar a alguno de su familia entre los que pasan.

Terry hoy se atacó con que yo lavara platos, copas y cubiertos a medida que los mozos los bajaban de sus bandejas.

Chico prefiere ordenar por categorías, le digo, los movimientos repetitivos le resultan más cómodos. Tres vueltas de esponja con espuma por una cara, tres por la otra, puedo pasar la cantidad de platos que sea.

Así perdés más tiempo, insiste Terry.

A las cinco de la tarde finjo una descompostura, toso fuerte para llamar la atención y simulo vomitar sobre la vajilla que se fue juntando en la mesada.

Algo me cayó mal, Chico va a la farmacia, le aviso a Terry. El italiano quiere acompañarme. No es para tanto.

El Rats es un local vacío, alguna vez funcionó como centro de atención a no sé qué adictos anónimos. Ahora, penumbras y murales descomunales de genitales variados, oficia de plataforma-refugio para los que no son nadie. Ni como artistas ni como público. Está repleto pero se puede circular. Arriba del espejo del bar, el cartel de Solo por hoy está intervenido con otras palabras pintadas con aerosol. We told you: no future.

No puedo sacar los ojos de una chica que tiene una blusa negra con un recorte en forma de rombo y exhibe la mitad de dos majestuosas tetas, muy blancas. Un botón en el cuello. a modo de gargantilla, cierra el ángulo superior del escote,.

Algunas chicas tienen el look de Viv. Otras parecen machitas como Laure. En un momento me parece divisar a Meghan del otro lado de la pista de baile y trato de acercarme. Unos pibitos saltan con los brazos pegados al cuerpo. El objetivo es golpearse los hombros en el aire y hacer que alguno pierda el equilibrio. Al que cae primero lo pisotean y cuando no resiste más lo levantan en andas y arrojan al costado de la tarima. Por ese lugar entran y salen los músicos.

¿Dónde estás? Me dice Gary al verme. Es la segunda o tercera vez que me lo pregunta como si dijera cómo estás. Siguiéndote los pasos.

Es más lo que se me atribuye de lo que me pertenece, responde cuando le cuento que después quiero charlar con él. ¿Qué querés saber? Lo necesario para armar una historia. Te leí mucho estos días. Tal vez demasiado, remata y sube a la tarima.

Lo acompaña una formación ad-hoc, de cuyos ensayos y posible continuidad ni él mismo puede dar fe. Ni aunque lo tengas delante tocando o tengas —como llego a tener— en la mano un casete grabado por su grupo. Entre la gráfica del estuche, un pegote de letras de diario recortadas, sobresalen tres consonantes. Una ese, una te y una pe. Retocadas con marcador. STP. ¿Stp...? ¿Alguna sigla, una droga, algo en clave para iniciados?

El y los otros dos que están a su alrededor con una guitarra y un bajo desvencijados solo alimentan los amplificadores con cualquier tipo de notas, no hacen nada que pueda entender, al menos yo, como un trabajo de interpretación compartido. Solo los une el estar ahí y un mismo deseo o ilusión: probar que ellos también pueden hacerlo, darse marcha, ver hasta dónde llegan. El ruido, como los desaforados aullidos de Gary, es la sustancia que hace alucinar con que el grupo tiene un sonido propio. Después de dos temas muy rápidos que no puede seguir, Gary escupe una nube de cerveza sobre los más enardecidos.

A los cincuenta que nos apretamos y tiramos encima de la barra para conseguir un vaso lleno no nos importa.

Esto es lo que no cesa de no cesar, alcanza a decir él antes de que los Manic Panic les desenchufen los cables y empujen para sacarlos de la tarima.

Lo sigo hasta el baño, vomita de veras abrazado al lavatorio. Algunas parejas que aprietan fuerte ni se dan por enteradas. Lo estoy ayudando a tenerse en pie cuando entra Viv y se hace cargo. No me reconoce.

Jueves 8.

Abril no parece tan cruel. Un día entero con sol te cambia el ánimo. Puede ser eso o lo que me genera estar con Gary. Desde antes de empezar a visitarlo regularmente y de recibir sus

llamados a cualquier hora del día, en casa o en el teléfono del Old Compton, leerlo me saca del estado "reactivo" que me acompaña desde siempre y coloca en una aceptabilidad de todo, cualquier cosa, como única manifestación posible. Colecciono fanzines y revistas de rock viejas solo para colocarme con los exabruptos que le suscitan a Gary conciertos, discos, las situaciones más rayanas.

A la inversa de todo lo que me enseñaron y pidieron mis jefes de redacción, él es uno de esos columnistas que no escriben sobre lo que escuchan/perciben/pasa en los ambientes sino que suelta las primeras palabras que se le cruzan por la mente cuando se dispone a escribir. No hace diferencia entre el personaje, el tema y lo que le esté ocurriendo en el preciso momento. Lo llama directamente "la escena" y lo convierte en sujeto del escrito que tenga entre teclas.

Debo haber acumulado unos cuarenta de los últimos tres años. Salvo fucking, fart, come on, y dos o tres expresiones más, no encuentro ninguna construcción repetida.

Incluso se permite hacer una crónica de un gig donde él y los STP telonean a The Scubs:

"Que el personaje principal de este encuentro sea yo y que ahora me encuentre acodado en mi mesa de cocina, como si estuviera rodeado de grupies dispuestas a todo en los pasillos de Digwalls o el Music Machine, vuelve a originar el mismo efecto archi conocido de mis pinches. Las imágenes y los estruendos que suben a la calesita de mi pensamiento merecen juicios diferentes. Ahora, entonces, sucesivamente se me ocurren cosas valiosas/no valiosas, necesarias/innesarias... Al filo de cada una descubro claramente la disyuntiva del enfoque dualista: optimista/negro, positivo/tirar abajo, constructivo/demoledor... Me abruma tener que decirlo con estas palabras que creí haber desterrado para siempre de mi léxico. Y que tienen tan poco peso lógico entre mis valores. Pero ninguno de estos enfoques encierra ni completa lo que busco decir. Ni en relación a lo que ocurrió ahí ni a lo que quiero contar ahora. Son pequeños flashes de una realidad insostenible. Como el gig, nada que importe, man. Apenas puedo afirmar que estuvimos ahí como ahora estoy aquí..."

Cuando leo sus artículos, elucubraciones de ese tipo que agrega a continuación de cada párrafo sin seguir ningún desarrollo lógico, entro en su mismo overdubbing mental. Pierdo la capacidad de discriminar lo principal de lo

accesorio, aunque esté sobrio y trate de desarmarlos con la minuciosidad de un entomólogo. Las capas de significado se me superponen. También los momentos y tiempos verbales.

Ayer en su departamento el viejo permanece todo el tiempo delante nuestro. El gesto de disgusto, o preocupación adherido a su cara crea clima de inquietud. Ellos ya se han dado y yo sigo siendo "el fucking periodista". Las cuestiones más simples que pregunto a Gary les suenan, a todos, como hostilidades de mi parte. Nada de lo que él me responde o dicen entre ellos tiene el menor sentido para ser anotado. Solo lo que a Gary se le escapa, sin demasiada elaboración, cuando le pregunto ¿Sabés el efecto que producís en quienes te leen?

No me interesa. Yo no existo, yo expreso. Punto.

Viv, que hasta ese momento no levanta la vista de lo que cose —un parche con la leyenda "Ni Dios, ni patria, ni patrón" en la espalda de una chaqueta rosada con corte de varón— se levanta, pasa delante de mí en dirección al baño y con la misma voz de desdén con que podría decir vení, cojeme, susurra:

Pudrite.

Alex también se levanta y viene hacia mí. Está tan impávido que espero cualquier reacción de su parte. Por unos segundos creo que me va a tirar una piña. O buscará alguna otra forma de atacarme. Vuelvo a hacer una lectura equivocada de la situación. Alex pone sus manotas sobre mis hombros y apoya su frente sobre la mía. De ahí pasa a abrazarme, al principio formalmente, después con más presión, y no me suelta. Registro la forma de sus huesos sobre mi cuerpo, empiezo a sentir cierto calor en el contacto. Creo que hasta me llega a besar el cuello, siento su baba.

Miro la escena por encima de su hombro y no entiendo nada, absolutamente nada, de lo que acaba de ocurrir, o está ocurriendo. Y a la vez, creo entender que es imprescindible pasar por ahí. Que para esto estoy vivo. A ese estado de conexión que a veces se impone sobre mi racionalidad (o los restos de ella), aquí le dicen "el continuo".

El viejo no para de vomitar gracias, gracias adentro de mi oído.

Los brazos de Gary cuelgan a los costados del sillón.

En eso entra Laure y le cuenta a su hermana una historia que tuvo al venir. Algo tan extraño y al mismo tiempo tan

reivindicatorio, comenta. Por lo que capto, dos tipos la apretaron feo. Lo que al principio parece un juego habitual en los trenes londinenses a la hora pico, se convierte en un no disimulado acto sexual. Ella recurre al cortaplumas de una hoja que tiene en el llavero. El primero que siente algo es el que se la viene refregando por adelante: pega un alarido que supera el traqueteo de las ruedas y hace que todos miren hacia él. El otro, el que se la frota por detrás, levanta las manos con sangre y las agita entre las cabezas de los pasajeros.

Por suerte ella pude bajar en Whitechappell y perderse.

Laure termina de contarlo y me mira con rencor, ni que lo hubiera hecho yo. De solo imaginar la escena del cortaplumas la pelvis se me retrae.

Los tipos solo piensan en ustedes mismos, me increpa.

Más se estira el silencio, más sus ojos furiosos se vuelven los de una hechicera y derriten la dureza de su expresión. De repente gira la cabeza hacia su hermana y le pregunta si "esa cosa" es el tipo que quiere presentarle. Repite ¿Eso? refiriéndose a mí.

Un transporte del Health Dept. viene a retirar a Alex y a Gary, Viv los acompaña hasta la puerta de calle. Quedo solo con Laure. Uno en cada silla, ella mueve un pie en el aire.

Mi hermana dice que a vos te trajo el viejo para que acompañaras a Gary..

No hago el menor gesto.

No pongas cara de que no te habías dado cuenta.

Puede ser como no. Algo presentía a partir de su excesivo interés en que lo conociera, pero no lo creía posible.

Tampoco te das cuenta que Viv quiere que vos me cojas a ver si vuelven a gustarme las porongas de carne.

No. Y mejor no darme cuenta.

Laure camina de la ventana a la puerta del baño, en cada pasada se contonea un poco más. Pese a que lleva un mono azul, de mecánico, que impide ver cualquier forma de su cuerpo, irradia una sensualidad peculiar: no es ni de mujer ni de hombre. De todos modos, no me produce la menor atracción.

A ver, vení, acércate.

Todavía me persigue la imagen del cortaplumas.

Abrazame.

Nunca mantengo contra mi pecho tanto tiempo a una mujer sin que se me despierte una corriente de alegría sanguínea. Durante dos o tres minutos, su cabeza hundida en mi esternón, resopla bocanadas de aire tibio.

Viernes 9.

A la mañana, Vasha golpea la puerta. Hay un llamado telefónico para vos. No se me ocurre pensar que pueda ser ella. Se me cruzan Viv, Laure, hasta la imagen de Shirley informándome que no vaya más al Old Compton...

Es la tercera vez que te llama la misma chica, agrega Vasha mientras bajamos la escalera. La rispidez de su voz carga un reproche. Algo le molesta, no sé si que me llamen, que no le digan quién es, que haya aparecido en mi vida una mujer fuera de su control. Para peor: con inglés de chica salida de un colegio privado.

Lady Wendy me invita a su fiesta de cumpleaños. Mañana a la noche.

¿Querías una mujer? ¿Querías vida social? ¿Que alguien se fijara en vos? ¿Hasta cuándo vas a hacer como que no te pasa nada, mayboy?

Sábado 10.

Seis días de semana, de lunes a sábado, además de lavar todo, ayudo a preparar tartas, sopas, hamburguesas, aros de cebolla, papas al horno, limpio verduras, bautizo como "La sudaca" al omelette básico de jamón y queso, hago y mantengo llena la bola de café caliente, ando de aquí para allá con el trapo rejilla. Los clientes habituales solo me escuchan decir frases cortas: Con gusto, Entendido, Solo un minuto, Gracias. Alegre de verlo nuevamente... Jamás un comentario sobre lo que hablan. Solo simulo devolverles la mirada, a veces les sonrío. Desde que llego a las 15 y me voy a las 11, mi consigna es hacerme el estúpido lo mejor que me salga.

Cuando más siento la pérdida de libertad es en mis tiempos en blanco.

Cuando saco la basura que se juntó el fin de semana, leo en un enorme pasacalles: Disfruté las diferencias.

Sí. Ahora camino sin hambre. No siento el repiqueteo de cada paso en las tripas. Los billetes y monedas que tengo en el bolsillo pueden irse en pavadas, sin la menor culpa, todas las noches vuelven otras. La sensación de no estar del todo afuera me cambia la mirada. Evito pensar en lo que ocurre en Argentina.

Al volver al pub veo al viejo chupando con un tipo parecido a Beckett.

Vine a retribuirte la visita, dice.

¿Leíste lo que te pasé?

Por cierto, no estaría acá si no...

A través de la barra los tres nos ponemos a hablar de autores, obras de teatro, arte. Shirley, Terry, el italiano y dos meseros más buscachongos que el italiano y que jamás me dirigieron la palabra, no entienden cómo Chico, el que lava platos, sabe tanto de esos temas. Ni qué hace en un trabajo de mierda como el que hago.

Antes de cerrar, Shirley me pregunta ¿Por qué emigraste, Chico? Aprovecho el ruido de la aspiradora para no responderle. Cómo explicar que Argentina ya no abarca todas mis necesidades.

Después, cuando ella nos entrega los respectivos sobres y Terry reparte las propinas, insiste en saber mi historia y me veo obligado a hacer un compacto. Parezco hablar de otro:

La pérdida de mi país no ocurre de golpe. La descomposición, al menos para mí, empezó hace por lo menos diez años. Teníamos de presidente a un viejito bueno, que representaba con moderación a la mentalidad progre, los militares lo derribaron de un día para otro. Yo ya me había vendido al Sistema y lo vivía como un harakiri a mis ideales. Todavía no había cumplido los 20. Poco después volvió otro viejo caudillo popular. A ninguno de los cinco les dice nada el apellido Perón, les aclaro que es el marido en Evita en el musical. Los jóvenes vimos en él una esperanza. Pero nos usó, se murió antes de tiempo y todo quedó peor que antes. Los que están ahora solo quieren borrar los rastros de esa historia.

¿Sos un exilado político?

Nada de eso. Huí para escapar del personaje que me había creído y hacía creer a todos.

Recién al decirlo me doy cuenta de lo que estoy diciendo.

En UK hay muchas oportunidades para tipos como vos, no desperdiciés la oportunidad, me aconseja Terry.

¿Para qué? ¿Para volver a ser el mismo vendido?

Tampoco ninguno de ellos puede entender porqué repudio tanto el sistema.

No quiero volver a integrarme y colaborar otra vez para que se siga repitiendo la misma pantomima.

Ni yo mismo encuentro una respuesta convincente a lo que me lleva, o trae, a esta postura.

No es para tanto, Chico.

Shirley me toma del brazo y cobija como hermana mayor.

Mejor, déjenme seguir lavando platos. Me siento muy a gusto con ustedes. De veras.

Del Old Compton camino hasta Picadilly St. y ningún turista de sábado a la noche advierte que lloro. Meto la cara en la fuente de Eros y al sacarla veo un neon tintineante. Argentinian Voluptuosness Queen Festival mucho más grande que la puerta del cine donde exhiben "Fuego" y "Fiebre". Alcanzo a comprar una petaca de vodka en un quiosco que está por cerrar. Cuando le pido a la vendedora que me la envuelva para regalo frunce el ceño.

Domingo 11.

Hasta anoche, ninguno de mis raides en el piso superior de los bus me había llevado a Hampstead. Wendy vive en un chalecito a tres cuadras del parque. Imaginaba que encontraría viejos treintañeros reventados como yo, redactores del NME o fotógrafos dispuestos a tirar la máscara de buenos muchachos. Cuando llego solo veo chicos y chicas que beben como pajaritos y están discretamente borrachos. Las ropas elegantes apenas empiezan a desacomodárseles. Los varones, de sport caro, son los típicos que durante la semana caminan de aquí para allá de traje negro y corbata. Soy el único que se viste en un negocio de caridad. Mucha minita modelo, todas vestidas con minis negras y blusas blancas, el mismo maquillaje princesa, corte de pelo carré, piel pálida, ojos estirados. De tanto en tanto aparece una diferente. Más carnal. Con cara de a mí también me pegó la vida y estoy aquí, veamos qué pasa.

La primera que me da bola es una de éstas últimas (¡!!!siempre!!!). Tu acento no es londoner, se sorprende. La parlo ashí, respondo en lunfa. ¿Y para qué elegiste venir a un lugar taaan aburriiido? Estirar las o en sooo y en

booooring le causa cierto goce oral, dos o tres veces se mete esa ooo en la boca.

Antes de que entre a enumerarle motivos, da media vuelta y va al otro extremo de la sala. El pico de la botella de vodka que traje aún asoma de mi bolsillo. De varios grupitos me pasan un armado, o lo que queda después de que lo recontra aspiren todos.

Me habían dicho que aquí a nadie le importaría de dónde venía ni qué hacía, le digo cuando me trae un enorme vaso con clericó. Ni que nadie movería un dedo por mí.

Primera metida de pata. El pulgar de su mano derecha tiene la última falange muy corta y una uña apaisada, no puedo dejar de mirársela y comparar la terminación del dedo mocho con el otro ni de pensar en lo que le habrá costado resignarse a que es y será así hasta que se muera.

Wendy me corta cualquier fantasía de tener algo con ella. Se mete entre nosotros y me abraza riéndose. La sorprende que le tire de las orejas. Me arrastra por varios grupos como si fuera un espécimen raro. Ya hay quienes bailan. Tímidos, a los saltitos, muy película años 50.

No tienen pelvis, le digo mientras revoleo la campera y hago un hulahula frente a ella.

Es el mejor momento de la noche. El resto, en especial a partir de las doce cuando se van todos, puro como si.

Una mierda la vida, no?

No, me dice y da un pasito atrás como si le hubiera tocado la concha.

¿Le encontrás algún sentido?

Ser feliz. Pasarla bien.

¿Cómo sería...? ¿Un marido, un crédito hipotecario a 99 años sin intereses, vacaciones en España, dos hijos, pintar la casa cada tres veranos...?

¿Qué tiene de malo?

Que eso no te lleva a ninguna parte.

¿Hay algo mejor?

Al servirme el clericó que queda en la jarra tengo el impulso de tirar del mantel. Wendy me alcanza la campera y ayuda a ponérmela, después me empuja hasta la puerta de calle.

A la 1.10 pasa un ómnibus por Heath St., me avisa delicadamente.

¿Y si fuera así? Si Wendy tuviera razón... Puaaj, otro pensamiento de domingo.

Sí, estoy triste. Contagio. Asusto. Nadie quiere ver su tristeza, yo se la reflejo. Es más fácil llevarla callados. Agobio. Mi presencia agobia. Algo no es más como era. No son lágrimas de cortar cebollas.

Martes 13.

Encuentro un Guardian del domingo tirado en la vereda y lo levanto. Me alcanza con leer un titular: No vamos a escatimar sangre, sostiene el nuevo presidente argentino. Lo dejo donde estaba. No quiero saber.

Sebastian Pauls me reprocha que no lo visite más seguido. No me necesitás más porque conseguiste un cuarto y tenés un trabajo relativamente estable e hiciste algunos contactos.

Eso cree él.

Ni siquiera te interesa saber si llegó la bendita carta, me echa en cara.

Es así, asiento con la cabeza. Y paso al ataque: Casi, no pasa día sin que piense varias veces en que en algún momento ella tendrá que comunicarse conmigo. La única vía es a través tuyo.

Reviso la cajita de las cartas otra vez y reconozco un sobre como el que me apropié. Ha de ser otro mensaje para que el tal Chico se presente a una entrevista en el Old Compton. ¿Será que quieren echarme? Claro, soy diferente de ellos. Yo busco algo más. Estoy sin estar. Algún día me iré, ellos seguirán ahí hasta jubilarse.

Todavía no entiendo qué busco hoy a la mañana cuando le pregunto a Sebastian Pauls si alguien no podría haberse llevado por error una carta para mí.

La mano que sostiene la pava de agua caliente queda congelada en el aire.

¿Serías tan amable de no pasar más? Si llegara la carta, te aviso.

Toma la taza que me estaba llenando y vierte el té en la pileta.

A las 10.30 de la mañana ya me mandé la primera cagada del día.

La sensación de desconfianza hacia mí que percibo el sábado en la fiesta y la que yo mismo genero con Sebastian Pauls de

puro paranoico me despiertan un deseo poco frecuente, el de lavar mi imagen. Durante la tarde, cada vez que me cruzo con alguno de mis compañeros del pub, le confieso que el sábado solo mencioné uno de los motivos por los que estoy aquí. Me las ingenio para entrar en la oficina de Shirley y no bien puedo le cuento que mi padre fue un gran admirador de Churchill y que vine para embeberme de British way of being.

Estás en el lugar equivocado, me sonrío.

A Terry, como quien no quiere la cosa, le digo que en los últimos diez años leí y escribí mucho sobre el rockabilly y no quería dejar de conocer a The Only Ones. Promete llevarme a un gig de Billy Fury.

Al tano, porque aquí se inventó la minifalda y quiero comprobar personalmente si vale la pena lo que las chicas todavía esconden debajo.

Definitivamente no, mejor son éstas, dice y se las aprieta por encima del jean.

No lavo más: juego con el agua. Es la única manera de soportarlo. Pensar en otra cosa no me alcanza.

Martes 27.

John, el amigo del Alex, está en el Old Compton. Bebe solo. De tanto en tanto puedo acercarme a la barra con la excusa de pasar el trapo sobre la madera y tirarle un Salud hombre a alguna cara conocida.

¿Sabés algo de Alex?

Sacude la cabeza con los labios apretados. Como percibe que debo volver a la cocina, mete la mano en el bolso y saca un número del New Statement. Es para vos. Antes de que me vaya me pregunta si conozco el significado simbólico de mi situación.

La menor idea.

Cuando el héroe deja su hogar, desciende lo más abajo que puede. Hasta tocar fondo. De ahí vendrá su mejor fuerza.

Me la zampa, de una. Lo más lejos que he llegado a entender mi caída en el lavaplatos es que la vida me ponía ahí para bajarme el copete.

Al ver que John está por levantarse, le ofrezco un cóctel de la casa.

¿A qué viniste?, me pregunta entre sorbo y sorbo.

A conocer a tu amigo... Y a Colin Wilson.

¿A ese desperdicio humano?

A los 18 cayó en mis manos su libro.

John suspira y pone cara de papá bueno:

Colin contó las raíces de todo esto. Lástima que después se la creyó.

Y borbotea algo así como Vos tendrías que continuar la historia de los artistas que no pudieron seguir la farsa que ellos mismos habían contribuido a crear.

La farsa de verse convertidos en show, digo levantando el puño como para un brindis.

¿Vas a volver a Argentina?

No tengo a dónde volver.

Más razones entonces. Es su tarea, compañero. Hágala.

Viernes 30.

A pedido de Vasha, Tomi instala una extensión del teléfono en mi cuarto. Acordamos que yo pago toda la factura. Cada vez que voy a hacer una llamada a Argentina algo me paraliza. Es el miedo, no lo que me va a costar, le comento a Vasha. Tomi asiente con la cabeza.

Mando a Viv al carajo porque me dice que debo anunciar mis visitas por teléfono y me plantea que solo vaya a ver a Gary entre 10 y 11 de la mañana.

Me lleva una hora, y más, empezar a soltarle la lengua, le explico. Da vueltas y me engancho, así no va.

Ese mismo día o el siguiente Gary da mil vueltas porque se le salió una pata de la silla. Le pido un destornillador. Cuando Viv comprueba que puede desparramar su culo sin miedo a caerse, viene y me da un chupón. El primero.

Ahora voy cuando quiero, no necesito anunciarme. Llevo olla para agregar a la olla. Me instalo.

La cosa se pone buena de un segundo para otro. En medio de un diálogo típico de pareja, ella lo burla y repite para sí What, what, what...?

Gary lo advierte, o no, y también parece hablar solo:

¿Qué busco con lo que deseo? Con lo que deseo llego a ser.

Y más adelante: ¿Por qué pensar en Dios solo en términos de bondad?

Venimos hablando de su educación formal.

Me echaron del Royal Central School of Speach and Drama solo porque tomaba leche para nutrirme.

También estoy autorizado a intercalar mi preguntita fatal en cualquier momento. ¿Cómo fue? Y él dice lo primero que se le cruza.

Soy la paloma que para en la melena del león.

Desde que le dieron unas copias de su disco está más inconexo que nunca. Puedo considerar lo que dice como una genialidad o puro divague. Se sofoca de nada. Le pidió al viejo que no fuera por un tiempo. Y se mete en la vena lo primero que encuentra. Viv sigue trayéndole. Y se limita a decirle: Aprovechá el momento y hazelo todo de una vez.

Sabe que por debajo, lo suyo no es una pose. Y sabe también que yo sé y los comprendo a ambos.

El la llama desde la cama y ella corre.

Lo amo, me dice.

Domingo 16 de mayo.

Vasha está preocupada porque desde hace días no salgo del cuarto más que para ir al Old Compton. Vuelvo y cierro la puerta hasta el mediodía siguiente. Las notitas que me pasa por debajo de la puerta son muy respetuosas. ¿Necesitás algo?, o ¿Todo está bien?

Todo me parece peligroso. Cada vez aprieto más las mandíbulas. Las ideas se me agolpan, los dientes se me parten, mis fuerzas se reducen, todo mi pasado se me hace una impostura. Estoy a la defensiva, alerta, duro. Ni a lo de Sebastian Pauls voy. No tomo decisiones. Todos los días impares sirven para decir lo haré mañana. Mañana llamaré a Viv, mañana repondré alimentos en la heladera.

Hago un gran esfuerzo y antes de desayunar voy al Selfridges. Todos ahí tienen los dientes sanos. Las seis bolsas de provisiones son demasiado para caminar seis cuadras. Por primera vez tomo un taxi. El chofer cede el paso a unos tipos casi rapados, que andan con jeans arremangados, borcegos, tiradores sobre la remera. Ni miran.

Al verme acomodar lo que traje, Vasha se acerca a la alacena y me dice Después vuelve el entusiasmo, todo se ordena otra vez, a todos los extranjeros nos pasó alguna vez. Es solo una fase.

Del Old Compton me llevo una torta de manzanas sin abrir. Al sacarla la caja en la sala del apartamento de Jarek, uno de sus amigos la toma y hace el ademán de zampársela en la cara. Ya están todos borrachos, dice Vasha. Polacamente borrachos, la corrige Toni. Hasta que no perciben que estoy a su nivel no dejan de llenarme el vasito con un destilado casero que le envió de Lodt la madre de uno de ellos.

No es el schnaps o lo que fuera lo que me descompone sino el comentario que me hace Jarek:

Muchos trabajadores de tu país apoyan a los militares. ¿Cómo es eso? ¿Qué... quieren ser clase media?

La arrogancia hace lucir más germánicos sus bigotitos rubios.

No tendría que haber dicho ¿Y los obreros polacos no hicieron lo mismo con los nazis?

Todo el cariño que hasta ese momento me dispensa el ghetto se va a la mierda.

En el auto, ninguno de los dos me habla.

Cuando me detengo ante la escalera para decirles buenas noches, ya se metieron en su cuarto.

Jueves 27.

Todo esto que escribo es muy real, muy lógico. Querría que se desintegrara y no fuera legible. Mi cabeza es un torbellino, este orden que doy a lo ocurrido es solo una foto del volcán. Tomada de muy lejos.

Wendy quiere que la lleve a ver a Los Ramones al Round House. Ya tiene las invitaciones. Me pide que vaya de traje negro y zapatillas. Promete ir con el pelo anaranjado y dos aletitas negras.

Los recortes de diarios tirados en la alfombra son más que los apilados sobre la silla. Parecen resistirse a que les busque algún tipo de clasificación.

Copio seis veces una misma carta después de cambiar el nombre al querido... Gradúo en cada una el nivel de ambigüedad. No tengo más sobres vía aérea.

Al placar ya ni lo abro.

Apatía. A todo me lo tiñe.

Mejor que empiece a juntar fuerzas para no pasarla encerrado aquí el fin de semana.

Viernes 28.

El cambio parece que favorece a los argentinos, mejor para ellos. Dos compañeros del curso de ingreso ocupan la mesa debajo del cuadro de San Jorge y el Dragón. Preparé Introducción a la Historia con ellos y otros dos en un departamento de Parque Avellaneda. Supe que se habían casado. Me muevo de costado, evito mirar hacia el salón. No sé porqué me avergüenza tanto que puedan reconocermé. Terry lo percibe.

Ya se fueron, me avisa al rato.

Sábado 29.

A la mañana Vasha y Toni me preguntan si puedo hacerme cargo de la casa durante dos o tres semanas. Y si necesito que me dejen dinero por si llega alguna cuenta. Todavía puedo, le digo. En el pasillo hay tres valijas enormes, como si llevaran cosas para un año. El abrazo que me dan, primero ella y después él, es de una fuerza y calidez soviética.

Me gustaría invitar a Viv, sacarla un poco de Gary, tenerla una noche para mí solo. Al llamarla, antes de que pueda proponérselo, me pide que al salir del pub vaya a su casa. Gary te necesita, me dice.

No ella. Más claro, agua.

Domingo 30.

Duermo ahí. Está Laure. Sin Megham, Mega para mí, su noviecita, o ex, nunca está claro. Nos enganchamos con "Metrópolis". La tele está a los pies de la cama, los cuatro muy pegaditos. Gary tose cada vez más seguido. Viv le golpea la espalda. Es el cambio de estación, me dice. A mi prima le pasa lo mismo, digo. Allá.

Cada tanto, Viv agarra mi mano que aparece por debajo del cuello de su hermana y me la apoya sobre una teta. La mano que me agarra la pija puede ser suya o de su hermana. Da lo mismo. Gary desfallece. Laure empieza a masturbarse. Primero a ritmo lento, poco a poco gana intensidad. Mi mano libre la acaricia sin fundamento. Está totalmente descontrolada y se me monta, la dejo hacer. Sin soltarme de Viv. Si me muevo con

Laure me caigo al piso. Laure le da parejo un buen rato hasta que se derrumba sobre mi pecho y plancha.

A la mañana Viv me trae un café caliente a la cama. Dice Gracias. ¿Por? El trabajo que me ahorraste. Del otro lado Gary nos mira impávido.

Laure vuelve del baño, recuperó su típica cara odio a la vida. Empieza a buscar su ropa. A medida que encuentra algo mío me lo arroja a la cara. Me visto como si ya tuviera que haberme ido. Salimos juntos.

En la bajada a la estación hay dos tipos, apenas nos ven se nos vienen encima. Laure los reconoce al toque. Le tira un puñetazo a uno y deja sangrando. Al otro le dice Acercate y te corto el resto de la pija. Ya abrió el cortaplumas y se lo muestra de punta. La mujer que controla los boletos se acerca corriendo.

Es la segunda vez que me atacan, le explica Laure. A la tercera... Y hace una cruz en el aire con el cortaplumas.

Los dos tipos se escabullen entre los que vienen de la calle.

Estos rumanos... comenta la mujer. Apenas se da vuelta y vuelve a su casilla, Laure se toma de mi brazo, como si fuera mi chica.

No sos nada bueno para pelear, eh?

Soy bueno en la cama.

Bien, entonces seguí dándome duro y yo me ocupo de estos tipos.

En Leicester Sq., antes de bajar, le digo al oído: La tenés mucho mas carnosa que tu hermana, sabés?

Gary dice lo mismo. Alex también.

Miércoles 2 de junio.

Otra vez oigo hablar argentino. De inmediato lo reconozco desde la cocina. El volumen se magnifica en contraste con el inglés. Son tres connacionales sentados en la barra, dos campera de cuero marrón y un saco azul. Hablan de un paso equivocado y de un peine para medir los hilos. Eso creo entender.

Necesitamos 5000 tornillos withworth de 9 por 7 barra 9, no importa lo que cuesten. El brigadier nos dio vía libre. Los vamos a llevar con nosotros.

CÓmo tengo que decírseles, muchachos: aquí no existen de siete novenos, aquí la cosa va de 16 en 16, o de 8 en 8, les replica saco azul.

Mirá, vos ayudanos a conseguir lo más parecido y nosotros lo arreglamos.

En la factura se va a notar. No puedo meter a la embajada en esto.

Hacelo oficialmente o a tu nombre, como prefieras. Y tómallo como una orden. Ahora mandamos nosotros.

Me juego la carrera.

Los tornillos para los Fokker o pedimos tu traslado a Tanganica.

Dénme tiempo.

Era hasta ayer.

Dejan un billete de 20 libras sobre el mostrador. Apenas se levantan lo manoteo y me acerco a Terry. Le entrego dos míos de cinco y digo Dicen que nos quedemos con el vuelto. Saca una libra de su bolsillo, la pone en el porrón de las propinas y me devuelve uno de cinco. Con un guiño.

Inglaterra y Argentina un solo corazón le digo y él hace el saludo holligan con el puño en alto. Insiste en que golpeemos los nudillos.

Miércoles 9.

Los llamados se continúan. A cualquier hora de la noche puedo levantar el tubo y escuchar: Aquí Gary.

La frase que me tira no bien me abre la puerta de su casa es del tipo: Latas de Reingold... trajiste... necesito una...

Mientras traga: Ah..., moría por una.

Lo que ocurre después puede tener dos finales. O bien se baja al hilo todas las que llevo y palma sin importarle haberme dejado en seco. O mal y termina abrazado al sofá, en alguno de sus típicos comas de once horas.

Escuchamos cintas grabadas en los ensayos de algunos de sus amigos, o las que le envían grupos desconocidos con el deseo de que los mencione en algún escrito. El amor a la crudeza y la suciedad de esa música nos solidariza con los tipos.

El manejo del Sony es cada vez más complicado para cualquiera de los dos. Apretamos ansiosamente el fast en busca de las partes ultra rápidas.

Compartimos esa actitud hasta en momentos límites de cada uno, cuando las imágenes se desprenden de todo vínculo con los estímulos lógicos de la realidad y se crean, o nos creemos en, historias extraordinarias.

"Continuaciones descontroladas de restos no consumidos de algunos recuerdos y prospectivas", puede describirlas su delicadeza expresiva.

Si bien nunca me cuestiono las influencias que Gary encadena en mí, empiezo a tener ciertas reservas sobre los resortes de nuestra amistad. Una noche, cuando se recompone de otro de sus mix letales y le noto algo de sintonía al escucharme, le recuerdo que de hecho se está suí ci dan do. Abre más los ojos, como para darlos vuelta, pero no: es solo el comienzo de un gesto que significa "es así, no hay otra".

Desde entonces me cuesta encontrar junto a él buenos flashes, las borracheras me aburren, todo acelerar me parece de hámster en su ruedita, cualquier high un planchón. Cuando me recibe su típico saludo ¿Dónde estás? voy directamente al punto:

No quiero darme con vos, Gary.

Digo solo "darme" y callo lo más pesado: cuánto me desagradan él y sus tumbos. Algunas cervezas después (de ambos) y un pico (de él) promete no regalarme más ese tipo de escenarios. Pero al minuto me confronta:

No sos lo suficientemente paranoico. No le llegás ni a los talones a Laura. Ni a Viv. Vos solo podés llegar un poco más tarde de que hayan ocurrido las cosas. Igual que The Oldest.

Martes 15.

Gracias a insistentes pedidos de Wendy a su jefa y de ésta a uno de los editores, logro que me reciba Dick Cohn. Llevo un sumario con varias notas posibles.

¿Por qué habría de dárteles a vos, me dice, si aquí tengo veinte inútiles que las harían de taquito?

Si no me hacés un lugar, me voy a Sounds.

Dejámelo pensar.

Le dejo ocho párrafos que me autotraduje.

"Te llamaremos".

Conozco esa respuesta.

Al salir del ascensor veo a Viv esperando para subir. ¿Qué haces aquí? me pregunta no bien se abre la puerta.

Acabo de ver a Dick Cohn. ¿Y vos?
Vengo a rogarle que no publique nada sobre mi marido. Ni escrito por él.

¿Por?

El juego está terminado.

Quiero ser el primero en enterarme de lo que le pase.

¿Algo más, "mi querido"?

Tomar las fotos más cercanas al momento de... y tener la exclusiva "antes" de que se enfríe.

¿Para qué?

Vos sabés.

De momento dedícate a juntar perlititas... y a estudiar sus mejores planos...

Sábado 26.

Slits tocan en una ex iglesia a total beneficio de un fanzine feminista y es bien conocido lo que pasa cuando Gary quiere integrarse a la escena. Las trompadas con que lo bajan del púlpito son tapa del Daily Mirror. Los punks alborotan St. George's.

Por la tarde lo encuentro en Southern Grove con unas gafas (mías) de aviador de la Segunda Guerra Mundial. Le disimulan los ojos aun colmados de coágulos sanguíneos. Con su uniforme de cuero negro (hasta guantes) y una camiseta agujereada a puntas de tijera, se ve como una caricatura grotesca. De no ser que también tiene puesta mi gorra más querida lo hubiera dejado seguir de largo. La gorra es de material sintético símil cuero, pero da a mi rape un look al que no quiero renunciar así nomás. Él impide que se la saque de un manotazo.

Me la cambiaste por un frasco de Dalmanes, acordate.

Imposible, digo y trato de arrancársela.

Olvidate de ella... No ves... la tengo puesta...

Lo dice con una mezcla de cinismo e ingenuidad, o un timbre de voz que es una expresión auténtica de su deterioro.

Aprovecho un descuido y le saco una bolsita que cuelga de su muñeca. Adentro hay un rollo de hojas. No hace nada por recuperarla

No quiero estar más con vos, no me vengas a rogar más de que tomemos una cerveza juntos, me amenaza.

Lunes 28.

Viv y Laure ya saben de memoria los números de mi teléfono y del Old Compton. Y llaman con frecuencia, en especial, Viv. Vasha escucha por el otro teléfono nuestros diálogos, como no opina, no me cuido en lo que digo. Viv emplea siempre las mismas palabras:

¿Serías tan amable de decirme qué ingirió cuando estuvieron juntos?

¿Para...?

Contrarrestar el efecto con otro medicamento.

¿Hasta cuándo van a seguir reactivándolo?

Él me llama a las tres de la madrugada. Justo cuando trato de escribir una carta a una amiga junkie, versión intelectual trash de Catwoman, que también me basurea por no enroscarme en sus agujas. Intento explicarle que no me pico, solo necesito cierto calentamiento neuronal, con mierdas livianas me alcanza. Y que prefiero dar al golpe un sentido de continuidad ascendente, no de sacudón al abismo.

Doy vueltas pensando cómo empezar la carta cuando Gary supone que soy la persona indicada para procurarle lo que busca. Sé qué pide: no que lo provea sino vaya a consolarlo por su reciente aparición en público.

Le tengo cero lástima. Ni en vivo ni por teléfono me despierta ninguna de esas piedades nacidas de la comprensión más elemental que se siente por alguien en picada. Me limito a sostener el tubo alejado unos centímetros de la oreja.

Oigo los largos silencios que se provocan entre frases que se quiebran apenas comienzan. La única que puede completar es Esto no va más.

Al rato comprendo lo que de veras me pide: que le dé permiso para matarse.

Sí, deberías hacerlo, te autorizo.

Viernes 2 de julio.

Desde hace tres días, me cuenta Viv, no tiene fuerzas para sostenerse parado. Solo se levanta para ir al baño. Camina aferrado a las paredes. Vení cuanto antes.

Aviso a Terry que no puedo ir. Imagina porqué y me responde Anda y velo, pero vení que es viernes.

Al verme Gary me pide que pasemos la tarde trabajando juntos los arreglos para unas canciones que tiene a medio escribir. Me olvido de mi enojo. Al ponernos en acción, la música no tarda en venir y todos los fragmentos que él compone suenan magníficos. Lo único que yo hago es pedirle que no siga echando gotas de Tilitrate en la cerveza.

En una pausa que pido para anotar correcciones y preparar el grabador, noto que está abriendo un frasco nuevo de Dalmanes. Son de la familia de los Librium, me tranquiliza. Poco después, queda paralizado por su efecto. Cuando llega Viv nos encuentra en la cama, él entre mis brazos.

Antes de que yo pueda reaccionar, nos saca un par de fotos. No alcanzo a decirle qué hacés. Son para tu nota en el NME, se justifica.

Martes 6.

Una banda de fieles anónimos anda pintando con aerosoles STP alive en todos los muros y superficies visibles de King Cross y calles aledañas. Hasta en Covent Garden y Wardour St, la veo pintada. Para quienes los dan por muertos, el grafiti es una declaración de guerra. El grupo, y Gary especialmente, ya están oficializados como "ángeles de la frustración continua" (Dick Cohn).

"La frustración continua hace a una estética", escribió Alex en el "Manifiesto Letrista" (1942).

Jim Larwins, otro ex adicto a las quimeras de Gary, escribe en su columna The No-People que publica en el Sounds de esta semana: "Los grupos de Gary, no pueden no-separarse. Pasan muchas cosas en el interior de ellos y de cada uno de los chicos que de repente brotan de La Nada para acompañarlo. Parecen seres insignificantes, pero si acercás un ojo a cualquiera de ellos, podés reconocer toda la miseria de los últimos años asimilada en su memoria. Lo mismo en sus temas. La suma de esa clase de des-talentados, de esos torrentes potenciales abdicados antes de erosionar, no da como resultado una larga vida para ningún grupo. Continuar como su líder es una carga demasiado pesada para Gary y su garganta. Ni hablar para su biología. Solo algún productor con vocación de madre puede, podría, haberle arreglado cierta estabilidad. A Viv la superó. ¿Quién puede mostrarse dispuesto a echarle

un cabo a alguien que erra por los bares, departamentos, conciertos, boutiques, fiestas y dormitorios en su condición de fan-reportero-amigo-colega, o de fantasma perteneciente a tu misma cofradía, sabiendo que nada de lo que importe de ese determinado momento le importa un carajo?".

Lunes 12.

Todas las respuestas de Gary piden ser comprendidas en otros niveles. Interpretar lo que pasa por su mente y todo cuanto lo "excede", me deja desarmado pero con una espada en la mano. Él "ama" ponerme frente a ese tipo de dilemas. Lo que para él es encontrar algo que pueda afirmar o si no morir en el intento, para mí es solo una decisión: clavarle la espada con algún señalamiento fuerte o retirarme sin comentarios. Para ambos, de todos modos, se tratan de alternativas falsas, sabemos que de solo vernos ya deliramos.

El final del párrafo anterior evoca a los silencios muertos desde los que mirábamos a la gente que pasaba a nuestro lado y las veíamos en sus respectivas historias. Duraba un minuto, o algo así.

"Toda búsqueda del universo íntimo es una extraña pantomima. El error es creer que cuando el pensamiento se abre en esos vacíos todo acaba ahí. Quiero decir: se sueltan los pactos privados que cada uno tiene con cada uno." Estas son palabras que el padre de Gary, le hace decir a Lyndon, su alter-ego en el relato "Ojo conmigo".

Acostumbro no saber a dónde voy. Me pasa tantas veces que en situaciones como las que Gary me (des)coloca, ya ni siquiera me asusto. Dejo de pensar en los planes inmediatos y abandono a su suerte los deseos que me sobrevivan. Sin embargo, una maldita gorra que podía comprar, él o yo, por no más de un puñado de monedas en cualquier supermercado, ha levantado un muro entre nosotros.

Conocerlo y ser su descarga a tierra es algo que yo también quiero cortar de una vez por todas.

A la mañana encuentro a Pal en el laverrap. Ella sabe que veo a Gary y que soy una de sus muletas, no podemos evitar mencionar el incidente en la iglesia. Me dice: No es nada contra él. Todo ok. Expulsamos a todo el mundo cuando estamos sobre el escenario. Nada personal, de veras.

Más tarde, aprovecho un llamado de Laure para enviarle un mensaje a Gary. Decile UK rules ok, él sabe. Ella a su vez me cuenta que la noche anterior lo vio feliz. Como nunca durante los últimos meses. Ni siquiera cuando apareció su disco.

Sábado 17.

No bien llego a la cocina veo una hoja de Shirley enganchada en la canilla. Chico ven a mi oficina. Algún día tenía que ocurrir. Ya están hartos de decirme que use una pileta para lavar y la otra para lo que ya esta enjuagado, que si saco el detergente dejando correr el agua se lo traspaso a los platos y vasos que están debajo. Y después, por más trapo que le pasemos, no brillan como limpio. Hartos de que use el pub como punto de encuentro. Claro, a un intelectual esos detalles no le importan demasiado.

Mientras espero que me abra la puerta pienso que su llamado responde a otros motivos: mi falta de papeles, mis ausencias, mis descuidos, mi familiaridad con algunos clientes, que no voy a otros pubs a beber con ellos.

Shirley ha convertido sus canas en mechita rubias. Cuando empieza con su Mister Chico y esa sonrisa implantada que siempre puede simular cualquier cosa menos lo que piensa y ese eco a importante en su manera de modular cada palabra, me la veo venir.

Tengo una buena noticia para vos, viene diciendo. El Home Office acepta darte una visa temporaria.

¿A mí...?

Sí, a ti.

¿Cómo lavacopas?

Como ayudante de barman, la hemos pedido y nos la han concedido. Espero que con las 5 libras 60 peniques más que ganarás por semana, alguna vez nos invites una ronda.

¿O sea que no tengo que lavar más copas?

La respuesta de Shirley es fiel a su humor. Recalca: Menos copas. Por el momento, solo estarás adelante los francos de Pete.

¿A quién debo agradeceréselo? ¿A vos?

No, yo solo apliqué. Nuestra burocracia hizo el resto. De hecho, mientras no respondan negativamente, puedes trabajar.

¿Y hasta ahora?

Lo sabés mejor que yo: no existías.

Al rato, estoy lavando como siempre las pilas de copas y platos que me dejan, cuando Pete me avisa que me llama Viv. No vamos a poder ir al Round House a escuchar a los Ramones esta noche, Gary no está nada bien. Quedémonos con él.

Basta verlo: los ojos apagados, una joroba pronunciada, pliegos de piel fofa en la cara, olor a líquido contra los piojos, temblores. Dos meses antes, cuando lo conozco, es otro tipo.

Él en la cama, Viv en el borde, Laure, Mega y yo en el diván. Comemos fideos con ketchup y los ojos en el televisor. Laure no tiene su cara de orto habitual, Mega no se hace la misteriosa. Al terminar de cenar, sin proponérselo, el diván queda pegado a la cama y en ITV pasan un anticipo de la función trasnoche. "Carne". La diosa de mis pajas, digo en español y me acomodo a la par de Viv. Laure estira las mantas, Gary se queja porque lo destapan, al pasar veo un reguero de manchitas rojas sobre las sábanas. A la altura de sus brazos. No le doy importancia.

En las primeras escenas, cuando Isabel Sarli posa para el pintor Victor Bo, Viv dice rezonga: Bah, superlolas.

No se duerman hasta que llegue la escena adentro de la cámara frigorífica, les repito cada vez que Isabel pierde el control de sus abcesos y entrecierra los ojos. Cuando la violan por tercera o cuarta vez ya tengo una pierna no sé de cuál de las tres jugueteando sobre mi panza.

Antes de llegar a lo del frigorífico Mega me clava las uñas y susurra al oído:

¿Qué esperás para hacerme lo mismo que a Laure?

Mega se baja, ella sola, dos botellas de cerveza al hilo, hace anfetis desde que abre los ojos a la mañana. Así y todo huele a bebé.

Jueves 22.

Es la misma voz entrecortada de Mega, no la del viejo, ni la de Viv, ni la de Laure, la que me pone al tanto. My sweet Mega, la que se quedó con mi último esperma, me llama al Old Compton.

No me preguntés cómo, pero antes de que diga Pasó al otro lado, y antes de que me haga a la idea de que se murió, y

antes de que ella agregue se suicidó, lo sé. Era su máximo deseo, me aclara.

Al salir del bar no tengo fuerzas para volver a mi cuarto. Camino por Covent Garden, rumbeo hacia British Museum. En el trayecto, recojo unas cajas vacías. Busco el banco que usaba Colin Wilson. Necesito echarme un rato. O pasar la noche, como hace Jerry cuando no tolera la onda de su hogar.

No puedo dormirme. Aguardo a que me llegue algo del pasado: que Gary llegue otra vez y me cuente/confirme historias, o sus justificaciones. Como se demora y para evitar tonteras paranoicas invento pasa-minutos. O pasa-segundos: trago dos pastillas de PDR con lo que queda en una latita de cerveza abandonada. Cada segundo es de una lentitud eterna. Pensamientos teóricos, generalidades sobre el tiempo, pasajes de cierto didactismo: todo cuanto sirva para alejar "mi" presencia de "su" ausencia es bienvenido al picacarne.

Me sorprenden pequeñas, fugaces crisis de realidad: tiemblo. Es algo tan sensible y delicado que al repetirse la más simple observación resulta falsa en sí misma y la mentira (es decir, la emoción) aparece más verídica que su natural.

Viernes 23.

Para entender mejor la diferencia entre lo que se ve de Gary y lo que él "carga" consigo, transcribo dos textos aparecidos recientemente en el mismo fanzine. El primero (Farts n.18, 6.1976), firmado solo con un par de iniciales que bien pueden corresponder a alguno de los productos que Gary solía inyectarse, remite a su último concierto con STP:

(...) "capaz de lo mejor y lo peor, sus apariciones son cada vez más el teatro de una tragedia despiadada: la de un muerto viviente famoso que ha decidido venir a quemar sobre las tablas una leyenda adquirida por otros medios. Y por ser "hijo de" un padre con laureles en la misma cultura pincheta que él busca llevar más lejos."

(...) "Protegido por el charme romántico de las drogas pesadas y la furia de un punk rock insufrible, guitarrista desafortado, director de una banda (gang en el original) de dementes, solo capaz de agregar confusión a una situación más que confusa, Gary se ofreció a su mini público (bah, un par

de monstruitos fanatizados más los eternos curiosos) como la multiplicación irritante de los pequeños malentendidos y desórdenes banales que hacen su vida cotidiana.”

Pocas semanas antes, cuando Farts le encarga una crónica con motivo del tercer LP de uno de sus pocos héroes, David Hulton and The Big Mistakes, Gary pica el siguiente despacho:

“Este álbum me dejó tan moroso y deprimido que al recibir la copia estuve tres días ausente y sin poder salir de la nube. No cumplí con ninguno de mis trabajos sociales asignados por el juez correccional ni de las tareas caseras, como sacar la basura.

“Tuve una terrible pelea conyugal a causa de un estúpido frasco de Valiums de 10 mg. Laura me tiró un cenicero, una piedra y un candelabro de siete velas pero yo pude voltearla y golpearle la cabeza contra el piso. Llamé al editor de este zine (en mi cuenta) y virtualmente no hice otra cosa que mantener mi estupor durante más de media hora de divagaciones deseando desde lo más hondo de mi moribundo cerebro que él pudiera darme una clave, al menos una, para que me gus-tara el disco. Volví luego sobre mi mujer y le revisé todos los escondrijos buscando algo que me impidiera otra recaída. Debí jurarle que eran para tener coraje e ir a ensayar con los chicos y que mi hígado resistiría ok seis valiums si los mezclaba con tres complejos de vitamina b...”

Viv me acaba de contar que esa noche también le desaparecen las gotas de xilocaína que ella se pasa por las encía cuando no puede soportar el dolor y que se opuso a llamar a la ambulancia.

Miércoles 28.

Escribo para New Statement. Título: Solo su muerte logró darle un respiro. Texto:

Supo construirse una manera de cantar propia. Imposible describir los descarrilamientos, el deslizarse de su voz monótona que sobre una misma palabra salta de un agudo a un grave, lo estira, lo entrecorta, lo grita, lo lleva a un “euh” aspirado. Ese trabajo de composición tiene fascinado a más de un pibito. Y a muchos críticos profesionales.

Su casete en el grabador deja escuchar una saturación de guitarras que sobrepasa la capacidad reproductiva de la

membrana del parlante. Entre esos chirridos, la voz de Gary emana grotesca:

“Vivo sobre mil puntos donde no habito / en mil momentos que todavía no ocurrieron.”

Imágenes tan bellas me parecen ajenas a él. Ni siquiera puedo tomarlas como una burla metafórica de su parte. Más bien parecen palabras dedicadas especialmente a desconcertarme.

Hecha la aclaración, prosigo escuchando sus medias oraciones, sus frases que nacen o se cortan en medio de cualquier otra.

Diga/escriba lo que sea, Gary siempre dice lo mismo. O dice lo mismo de todo. Evitar toda responsabilidad intelectual y creativa es su método tonal para salir adelante de los estados en que le van quedando los reflejos al paso de las anfetamidas.

Una tarde, cuando se le acaba la botella de Romular y no tenemos más Valiums a mano nos miramos unos segundos a lo profundo del otro. Es la única vez, creo.

Durante cualquiera de las miradas que ahora vuelco a mí alrededor vuelve su manera de agarrarse la cara con las manos y pellizcarse, de meter el pulgar en las cavidades de los ojos y magnificar la deformación de sus articulaciones.

Detenerme en cualquiera de los detalles que recuerdo de él es observar esos detalles en mí mismo. En la sonrisa con que me sonrío (borrosa) anda la misma desesperación que en cualquiera de sus imágenes, gestos, desplazamientos...

Más una cuestión de obsesividad o perversidad que de rigor profesional, desde hace varios meses llevo un registro de casi todas sus actividades, públicas, íntimas y privadas. Conozco tanto lo que le diagnostica tal médico de tal clínica como las reacciones producidas por cada una de las dos últimas performances que hace. Sí, dos, y muy espaciadas. En la última casi no hay nadie. Seríamos unos diez o doce. Ni Viv va.

Nuestros diálogos parecen no tener ninguna relación con lo que sé de él y lo que él quiere hacerme entender. Gary es, como se dice de su hígado, y también de STP, “muy derivativo”. Aplicada en un post-adolescente a pruebas de clínicas de detox y de irritantes, progresivas auto humillaciones, la expresión parece haber sido hecha para él.

Perdida toda ambición, podemos eliminar las preguntas: no las realidades. A ese último gig llega un cuarto de hora

después de la hora anunciada, demasiado derivativo. No sabe si está vacío, él, o si tiene pánico. Toca (en el sentido más literal del verbo) un pequeño tambor porque es lo que tiene entre las manos.

Quiere gritar unas líneas que sabe de memoria. La boca seca, la lengua trabada, solo logra arrancarse sonidos onomatopéyicos. Es terrible y al mismo tiempo fantástico que esté ahí, en pie, gimiendo como un viejo sapo sobreviviente a la peste.

Si todos vamos a morir, su suicidio es solo eso: un pasaje a otro tipo de estado, o quizás una continuación de fidelidad a su dejarse ir sin la menor consideración de lo que significa cada conducta.

Esto que cuidadosamente tipeo no es un lavado de sentimientos ni un manifiesto "anti" sus conductas. Solo trato de preservar alguno de sus significados, vida o muerte, para quienes le conocieron o también son amantes, en el sentido más genital del término, de esa punkitud por la que Gary se inmoló. Especialmente para quienes anoche cuando la noticia empezó a circular solo pudieron comentar Era de esperar.

Todo es paradójal. Nada puede ser todo y viceversa. Si ninguna fórmula de vida es válida para nadie más que para quien la ejerce, tampoco ninguna manera de ponerle fin.

Los artistas más malditos, pero que no se mueren, terminan convertidos en Estrellas. Ídolos. No me refiero al banquete-de-los-pordioseros, chicos pobres que ganaron fortunas y no saben qué hacer con tanta pasta, sino a la miseria de quienes triunfan devolviendo el dolor que les causa la vida. Rebelión ambigua, la maldición los incluye también a ellos en el orden que violan. No sé quién leerá esto, ni en qué condiciones. Pero dentro de Gary había una luz de certidumbre. Todo cuanto se le iluminaba era válido.

Gary no era otro loco de ese dolor tupido porque una noche tomó demasiado sino una muestra del tono escalofriante de sci-fi que hoy tiene el presente interior en las grandes ciudades. Neurópolis es el nombre de la enfermedad que origina esta percepción entre los más dóciles. Confieso que estuve a punto de reemplazar dóciles por sensibles. Los más sensibles.

Solo quiero devolver a Gary el poder de anticipación social que tiene su desenlace. A ver si soy capaz...

El heroísmo trágico del rock vuelve a poner de moda otra forma de poder: el poder de la impotencia. En las bajas temperaturas alcanzadas por su mente está el diagnóstico crítico de una época. Esto no es peyorativo, sino realista. A esta altura del relato cualquiera puede imaginarse de qué hablo. Del desgarrar del desesperado. Eso."

John Berger corrige mi traducción y vuelve a poner en español la anteúltima palabra. Dejemos "desesperado", me sugiere, muy serio. Hace familia con "desaparecido".

Jueves 29.

No me importa que Gary haya muerto, le digo a Laure cuando volvemos caminando de la morgue. Los dos firmamos la autorización para que lo cremen, no sé en calidad de qué yo.

Un reflejo que se repite en los cromados de los automóviles y en casi toda superficie bien pulida, bien real, me agita la respiración. No sé si Gary estará mirándonos desde otra dimensión, pero la luminosidad del ambiente me provoca en las venas un excitación similar a lo que en una de sus canciones él poetizó como "el éxtasis de estar vivos": "Energía en vez de violencia / fortaleza en vez de crueldad / acción en vez de reacción..."

Es curioso que en la penúltima entrada de su cuaderno (gracias Viv por no pedírmelo de vuelta), pocas horas antes de partir haya escrito en rojo y letras de imprenta:

"Estoy aquí sentado sobrio y hasta diría lúcido en esta clase de día que me hace tomar conciencia de que algo nuevo está por pasar a la vuelta de cualquier instante y tengo tan poco para ofrecer. Me dieron este cuerpo y qué hice de él y qué espero para empujarlo con ambas manos. Vamos..."

Como le explico a Laure, no me importa que Gary se haya tomado tan al pie de la letra. Ya está hecho. Si aun me une a él cierta complicidad es porque en mi departamento quedan frascos con píldoras que le confisque y él nunca advirtió. Quizás a partir de ahora me asquee toda moda que encuentre chic la muerte. Pero lo cierto es que en el otro extremo de las dualidades que anoté más arriba, la vida todavía no me parece una broma para descubrirse sonriendo falsamente.

Martes 10 de agosto.

Mi viejo me aconseja comprar un impermeable beige con el típico fondo a cuadros que parece un mantel, si es posible con cinturón. Duran toda la vida, escribe en una de tres cartas de el y mi vieja que encuentro juntas en lo de Sebastian Pauls. Entiendo que por debajo me está sugiriendo que me quede a vivir definitivamente aquí. De veras anhelo un impermeable así.

En otras dos cartas, dos conocidos, uno no tanto, me avisan que pasarán por Londres en primavera y preguntan si puedo alojarlos un par de noches. Aunque sea dormimos sobre la alfombra. Como poder, podría, los polacos siguen de viaje y hay un cuarto disponible. El amigo más cercano me pregunta si conozco un buen lugar para comprar equipos de audio y otros datos básicos que podría encontrar hasta en las guías de turismo más berreta.

Dos colegas, que suponen me va bárbaro aquí solo porque dos revistas publicaron despachos y pegado a mi firma agregaron "desde Londres", me escriben recordándome dónde nos conocimos y pasan chimentos del gremio. Concluyen con: ¿Podrías conseguirme un trabajo si me mando?

Mi último jefe, un conocido crítico teatral, me anuncia que pasará una semana en Londres y pide un favor:

"Sacame entradas para las siete noches. Vamos con Roberto. El sábado 4 y el domingo 5 queremos doblete, dos para la tarde y dos para la noche. Va lista. Con anticipación salen más baratas."

Da por sentado que no me cuesta nada ir a sacarlas y mi economía da para financiarlas. Con todo, es el único que se anima a decirlo sin decirlo. "Me imagino que ahí se sabe más de lo que pasa aquí, ya nos contarás".

Después de leer las ocho cartas que se juntan en lo de Sebastian Pauls, no me queda claro si no saben lo que está pasando, se hacen los boludos o piensan que los milicos leen todas las cartas. Quizás yo actuaría igual. Pero a ellos les sobran dólares para viajar al exterior. Como vivo aquí, piensan que a mi también.

Domingo 15.

Una extraña percepción se me hace cada día más presente. Cierta irrealidad en todo lo que hago y vivo. Ahora que algunas cosas parecen encauzarse y podría sentirme un poco más feliz, todo se me vuelve a confundir. Se me borra la memoria de quien era, como si nunca antes hubiera existido. Peor: me parece estar llevando una vida ajena.

¿Esto puede estar pasándome a mí o es a otro a quien le pasa?

¿Para qué era que vine? ¿Quiero este tipo de rutinas, amistades, amantes? ¿A qué país volveré algún día?

Antes de que Viv y Laure me hagan de su familia, alcanzo a decirle a Gary:

No sería mejor parar.

¿Y cuál sería la diferencia?

Estás muy mal, man.

Sí, ya lo sé, pero vos estás peor y no te das cuenta.

Domingo 22.

De todos modos, siempre queda una posibilidad de que aparezca.

Vasha sube a mi cuarto y me lo dice con una mano apretándome el brazo. Muy fuerte. Su cara expresa lo contrario: no hay ninguna posibilidad, resignate. No la verás nunca más.

Lo que deben haberle hecho esos hijos de mil putas antes de matar a Marianne borra cualquier idea que pueda acomodar entre mis recuerdos o sospechas de eventuales paraderos. Se la deben haber recontra cogido todos, picaneado de todas las formas posibles. Hasta quebrarle lo último que podía sostenerla: su convicción de que se podía cambiar la historia.

Vasha sigue: Jarek dice que su contacto argentino encontró un pedido de habeas-corpus de la familia. Pero que hay cientos sin respuesta. Los diarios no dan nombres. Y a los abogados que quieren averiguar un poco más los amedrentan siguiéndolos a todos lados. O los secuestran también a ellos.

Y entonces... ¿de qué posibilidad me estás hablando, Vasha?, le grito.

Gritame todo lo que quieras.

No te grito a vos, le grito a ella... ¿Sabés las veces que se lo advertí...? A un sueño solo se lo abandona cuando se conquista, me respondía.

Desde la puerta, con una mezcla de furia y compasión, Vasha quiere traerme de vuelta a la realidad:

Entiendo que estés destruido, pero no que te hagas el ingenuo. Es una guerra.

Marianne, ¿a dónde estás ahora, mi flaquita? Ni una foto tuya traje. La última vez que nos vimos te habías cortado el pelo como un chico para no llamar tanto la atención. Ni así.

Jueves 9 de septiembre.

Hace semanas que debería habar ido a ver a Sebastian Pauls y decírselo. Más allá de todos los infiernos que me deseara, o supe ganarme gracias a mis desprolijidades.

Lo encuentro sentado en los escalones de la entrada. Arqueado sobre sus rodillas, la cabeza agarrada con las manos. No repara en mí, o lo simula. Lo mismo, me siento a su lado y le paso un brazo por el hombro. Poco a poco su respiración se normaliza.

Vine a decírtelo, le digo. La carta nunca va a llegar.

Lo sé, lo sé.

Debe haber sido terrible.

Está siendo terrible, y va a ser mucho más.

Lo sé, lo sé... Y preferiría no saberlo.

Se te va a hacer muy pesado sobrevivir acá con esa mochila.

Ya no me da culpa haberme ido. Estoy en otra fase. Me apropié del nombre que le da la polaca a esto del desgarró.

Fase, desgarró, al agujero negro, dice él, llámalo como quieras. Estás queriendo rellenarlo con...

Lo sé, lo sé... no me lo repitas.

Londres, agosto del 1976.

el
LOKAL

Raval, Barcelona
febrero 2020